



katherine applegate

De la autora ganadora de la *Newbery Medal 2013*
por “*El único e incomparable Iván*”.

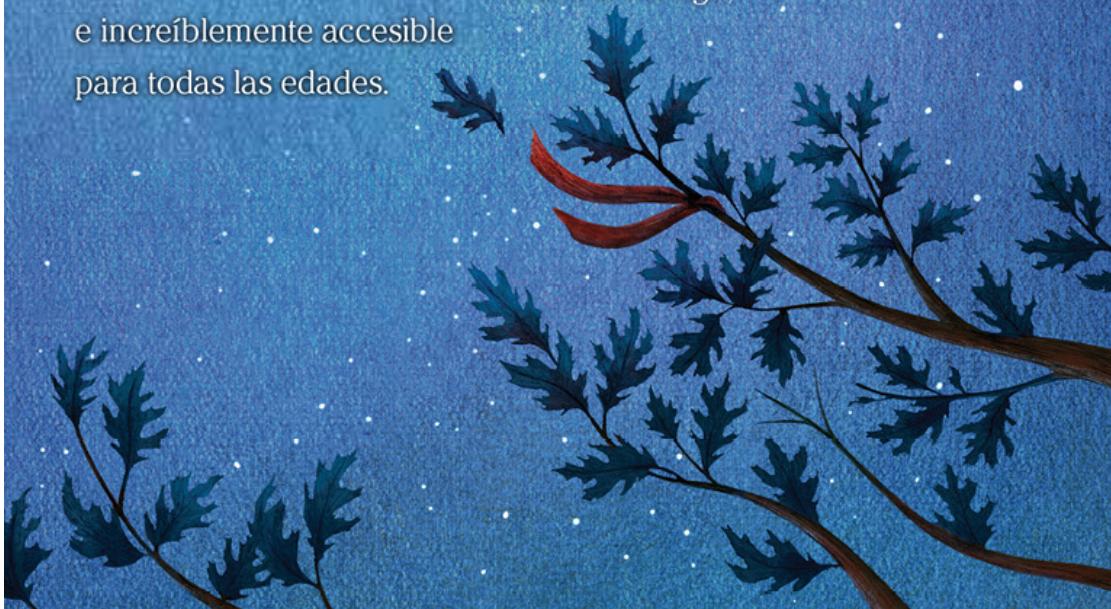
El árbol de los deseos



Los árboles no saben contar chistes.
Pero desde luego que saben
contar historias.

El árbol de los deseos es la historia de Rojo, un roble optimista que es el hogar de muchas criaturas salvajes que viven en armonía entre sus ramas y huecos. Cada año, el primero de mayo, los vecinos se acercan para atar a sus ramas un trapo o un trozo de papel donde escriben sus deseos con la esperanza de que se hagan realidad. Un deseo especial proviene de Samar, una niña musulmana cuya familia es la destinataria de un acto de odio por parte de uno de sus vecinos. Samar desea un amigo, y Rojo quiere hacer todo lo posible para cumplir el deseo de esta niña.

El árbol de los deseos es una historia que hará reír y llorar . La escritura de Applegate es exquisita, y ha logrado envolver un mensaje vital en un libro conmovedor e increíblemente accesible para todas las edades.



“Una historia bellamente escrita y moralmente vigorizante que dejará su impronta en un lector de cualquier edad”.

-*The New York Times Book Review*

“Esta lectura veloz pero contemplativa es excelente para atrapar a los niños más reticentes, y también para enamorar a los que ya tienen el hábito de la lectura. Una historia engañosamente simple y tierna en la que el respeto, la capacidad de recuperación y la esperanza triunfan”.

-*Kirkus Reviews*

“Katherine Applegate, la autora galardonada con el premio Newbery Medal, cumple con las altas expectativas en esta novela, narrada por un árbol llamado Rojo, un roble que tiene ‘doscientos dieciséis años’. Otro impresionante logro de Applegate. Esta lectura reflexiva es una excelente elección para los alumnos de la escuela primaria”.

-*School Library Journal*

“Oportuno, necesario y rebosante de corazón”.

-*Booklist*

Katherine Applegate es la ganadora de la Newbery Medal 2013 por *El único e incomparable Iván*.

Katherine también ha recibido el Golden Kite Award For Fiction 2008 por *Home of the Brave*.

El árbol de los deseos es:

Best seller de *Publishers Weekly*

Mejor libro para niños del *Washington Post 2017*

Mejor libro del año de *Publishers Weekly 2017*

Sobre esta novela, *The New York Times* dijo: “Es la historia de bondad, amistad y esperanza más vendida”.



facebook.com/vreditorasya

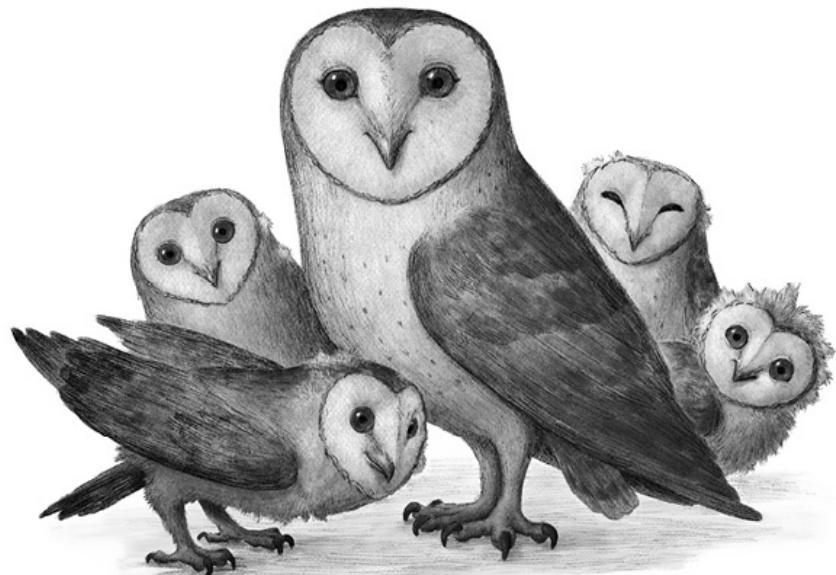


twitter.com/vreditorasya



instagram.com/vreditorasya

El árbol de los deseos





El árbol de los deseos

katherine applegate

Ilustrado por Charles Santoso

Traducción: Silvina Poch



para los recién llegados
y
para los que les dan la bienvenida





Sé diferente con los árboles

*El roble parlante,
a los ancianos habló.

Pero un árbol que vi
me hablará a mí.

Las verdades que sé
las almacenaré.

Pero aquellos que quieran hablar y contar,
y aquellos que no quieran escuchar,
nunca una sílaba oirán
de labios de cualquier árbol.*

Mary Carolyn Davies (1924)



1

Es difícil hablar con los árboles. No somos muy charlatanes.

Con esto no quiero decir que no podamos hacer cosas asombrosas, cosas que probablemente ustedes no harán nunca. Cobijar lechuzas jóvenes y aterciopeladas. Sostener fortalezas endebles en nuestras ramas. Hacer fotosíntesis.

Pero ¿hablar con la gente? No mucho.

Y ni se les ocurra intentar que un árbol cuente un buen chiste.

Los árboles sí hablan con algunas personas, aquellas en las cuales sabemos que podemos confiar. Hablamos con ardillas temerarias. Hablamos con gusanos trabajadores. Hablamos con mariposas llamativas y polillas vergonzosas.

¿Los pájaros? Son encantadores. ¿Las ranas? Malhumoradas pero de buen corazón. ¿Las serpientes? Terribles chismosas.

¿Los árboles? Nunca conocí a uno que no me gustara.

Bueno, sí. Está ese sicomoro de la esquina. Se pasa el día puro blablablá.

Entonces, ¿alguna vez les hablamos a las personas? ¿Lo que se dice *hablar*, la habilidad más personal de las personas?

Buena pregunta. Después de todo, los árboles tienen una relación más bien complicada con los seres humanos. En un momento nos abrazan. Y al siguiente nos convierten en mesas y palitos de helados.

Tal vez se estén preguntando por qué no se ha tratado en la clase de ciencias el hecho de que los árboles hablen, durante esas lecciones de *La madre naturaleza es nuestra amiga*.

No culpen a sus profesores. Es probable que no sepan que los árboles pueden hablar. La mayoría de la gente no lo sabe.

No obstante, si se encontraran cerca de un árbol de aspecto particularmente amistoso en un día en que se sientan particularmente afortunados, no pierden nada con prestar atención.

Los árboles no sabemos contar chistes.

Pero desde luego que sabemos contar historias.

Y si lo único que escuchan es el rumor de las hojas, no se preocupen. La mayoría de los árboles son introvertidos de alma.





2

Ah, dicho sea de paso, me llamo Rojo.

Tal vez nos conocemos. ¿El roble que está cerca de la escuela? ¿Grande pero no demasiado? ¿Sombra agradable en el verano, hermoso color en otoño?

Me siento orgulloso de decir que soy un roble rojo del norte, también llamado Quercus Rubra. El roble rojo es uno de los árboles más comunes de Norteamérica. Solo en mi barrio, cientos y cientos de nosotros estamos entretejiendo nuestras raíces dentro del suelo como dedicados tejedores.

Tengo corteza rugosa de color rojo grisáceo, hojas gruesas con lóbulos en punta, raíces tercas e incansables y, a mi modo de ver, el mejor color otoñal de la cuadra. “Rojo” no refleja ni de lejos mi color. Cuando llega octubre, parece que estoy en llamas. Es un milagro que los bomberos no intenten rociarme con la manguera cada vez que llega el otoño.

Les sorprendería saber que todos los robles rojos se llaman Rojo.



Del mismo modo, todos los arces azucareros se llaman Azúcar. Todos los enebros se llaman Enebro. Y todos los árboles cirios se llaman Cirios.

Así son las cosas en el mundo arbóreo. No necesitamos nombres para diferenciarnos unos de otros.

Imaginen un aula en donde todos los chicos se llamaran Melvin. Imaginen a la pobre maestra tratando de tomar lista cada mañana.

Es bueno que los árboles no vayan a la escuela.

Desde luego que hay excepciones a la regla del nombre. En algún lugar de Los Ángeles, hay una palmera que insiste en que la llamen Karma, pero ustedes ya saben cómo son los californianos.





3

Mis amigos me llaman Rojo y ustedes también pueden llamarme así. Pero durante mucho tiempo, la gente del barrio me ha llamado “el árbol de los deseos”.

Existe una explicación para eso y viene de muy lejos, de cuando yo no era más que una diminuta semillita con altas aspiraciones.

Es una larga historia.

Todos los años, el primer día del mes de mayo, viene gente de toda la ciudad para adornarme con fragmentos de papel, etiquetas, pedazos de tela, trozos de hilo y algún ocasional calcetín de gimnasia. Cada ofrenda representa un sueño, un deseo, un anhelo.



Ya sea que los hayan arrojado, colgado o atado con un moño: todos encarnan una esperanza de algo mejor.

Los árboles de los deseos tienen una historia larga y honorable, que se remonta a varios siglos atrás. Hay muchos en Irlanda, donde suelen ser espinos blancos o algún esporádico fresno. Pero se puede encontrar árboles de los deseos en todo el mundo.

En su mayoría, la gente es amable cuando me visita. Parecen entender que un nudo apretado podría impedir que creciera como tengo que crecer. Son suaves con mis hojas nuevas, cuidadosos con mis raíces expuestas.

Una vez que las personas escriben su deseo en un trozo de tela o de papel, lo atan a una de mis ramas. Generalmente, susurran el deseo en voz alta.

Es una tradición pedir el deseo el primero de mayo, pero la gente pasa durante todo el año.

Santo cielo, las cosas que he oído:

Desearía una patineta voladora.

Desearía un mundo sin guerras.

Desearía una semana sin nubes.

Desearía tener la barra de chocolate más grande del mundo.

Desearía sacarme un 10 en el examen de geografía.

Desearía que la Srta. Gentorini no estuviera tan malhumorada por las mañanas.

Desearía que mi hámster hablara.

Desearía que mi padre se curara.

Desearía no tener hambre a veces.

Desearía no estar tan solo.

Desearía saber qué desear.

Tantos deseos. Grandes y ridículos, egoístas y tiernos.

Son un honor para mí todos esos sueños atados a mis miembros viejos y cansados.

Aunque hacia el final de la celebración del primero de mayo, parece que alguien me hubiera arrojado encima una enorme canasta llena de basura.



4

Como probablemente hayan notado, soy más charlatán que la mayoría de los árboles. Esto es nuevo para mí. Todavía le estoy tomando la mano.

No obstante, siempre he sabido mantener un secreto. La discreción es muy importante cuando eres un árbol de los deseos.

Las personas te cuentan todo tipo de cosas. Saben que las escucharemos.

Tampoco es que tengamos otra opción.

Además, cuanto más escuchas, más aprendes.

Bongo dice que soy un entrometido y supongo que tiene razón. Ella es mi mejor amiga, un cuervo hembra que conozco desde que no era más que un pico movedizo en un huevo moteado.



A veces disentimos, pero eso pasa con todos los amigos, sin importar la especie. A lo largo de mi vida, he visto muchas amistades sorprendentes: un pony y un sapo, un halcón cola roja y un ratón de patas blancas, un arbusto de lilas y una mariposa monarca. Todos ellos disentían de tanto en tanto.

Yo pienso que Bongo es muy pesimista por ser un ave tan joven.

Y Bongo piensa que yo soy muy optimista por ser un árbol tan viejo.

Es cierto. Soy optimista. Prefiero ver la vida en su totalidad. Viejo como soy, he visto tanto cosas buenas como cosas malas. Pero he visto muchas más cosas buenas que malas.

De modo que Bongo y yo aceptamos que disentimos. Y eso es bueno. Después de todo, somos muy distintos.

Por ejemplo, ella piensa que son ridículos los nombres que nosotros los árboles nos ponemos a nosotros mismos. Como es usual entre los cuervos, Bongo eligió su nombre después del primer vuelo. Sin embargo, es probable que no sea su único nombre. Los cuervos se cambian el

nombre a su antojo. Gizmo, el primo de Bongo, ha tenido diecisiete nombres diferentes.

A veces, los cuervos adoptan nombres humanos; yo he visto más cuervos llamados Joe que días de sol. A veces, se ponen nombres por cuestiones que les resultan atractivas: Gomita, Tapa a Rosca o Rata Muerta. Se ponen el nombre de maniobras acrobáticas: Espiral de la Muerte o Tonel volado. O de colores: Berenjena o Negro Escarabajo.

Muchos cuervos optan por sonidos que les encanta proferir. (Los cuervos son excelentes imitadores). He conocido cuervos llamados Taxista Gruñón, Camión de Dieciocho Ruedas y Llamador de Ángeles, por no mencionar a otros que no constituyen una compañía con buenos modales.

En esta misma cuadra, vive una entusiasta banda de rock compuesta por cuatro estudiantes de la escuela secundaria. Ensayan en un garaje. Sus instrumentos incluyen un acordeón, un bajo, una tuba y un bongó.

La banda todavía no ha tocado fuera del garaje, pero a Bongo le encanta posarse en el techo y balancearse al ritmo de su música.





5

Los nombres no son lo único que nos diferencia de los cuervos.

Algunos árboles son machos y otros árboles son hembras. Y algunos, como yo, somos ambos.

Es confuso, como lo suele ser muy a menudo la naturaleza.

Díganme ella, díganme él. Cualquiera me va bien.

A lo largo de los años, aprendí que los botánicos –esas personas afortunadas que se pasan todo el día estudiando la vida de las plantas– llaman “dioicos” a algunos árboles como acebos y sauces. Y eso significa que tienen árboles machos y hembras separados.

Muchos otros árboles, como yo, se llaman “monoicos”, que no es más que una forma elegante de decir que en una misma planta se encuentran flores masculinas y femeninas.

También es una prueba de que los árboles tienen vidas mucho más interesantes de lo que, a veces, ustedes creen.



6

Una de las cosas que tienen en común los árboles y los cuervos –de hecho, algo que toda la naturaleza tiene en común– es la regla de que no debemos hablar con la gente. Es por nuestra propia protección. Al menos, esa es la teoría.

A menudo me he preguntado si el eterno silencio es una buena idea. Tantas veces he querido decir lo que pienso, intervenir, ayudar a la gente. Sin embargo, no he dicho ni una palabra. Así es como ha funcionado siempre el mundo.

¿Han existido metidas de pata? Por supuesto, se han cometido equivocaciones.

El año pasado, me enteré de una rana llamada Mosca que había estado durmiendo en un buzón. (Todas las ranas toman su nombre de insectos a los que disfrutan comer). Cuando el cartero abrió el buzón, Mosca emergió de un salto con un croar frenético. El cartero se desmayó.

Al despertar, se encontró con Mosca sentada en cuclillas sobre su frente, deshaciéndose en disculpas.

Es obvio que se trató de una clara violación a la regla de *No hablar con la gente*.

Pero como siempre suele suceder, el incidente fue rápidamente olvidado. Después de todo, el cartero estaba absolutamente convencido de que las ranas no hablan. “Habrá sido mi imaginación”, seguramente se dijo a sí mismo.

Curiosamente, se jubiló poco después del incidente de la rana.

En cualquier caso, cuando uno piensa en la cantidad de árboles, ranas, nutrias, gorriones, libélulas, armadillos y en todos los demás seres del mundo natural, uno creería que, a esta altura, la gente ya debería haber descubierto nuestro pequeño secreto.

¿Qué puedo decir? La naturaleza es engañosa. Y las personas son... bueno, perdónenme, pero la mayoría de ustedes no son muy observadores.

Quizá se estén preguntando –si son el modelo curioso y dubitativo–, cómo se comunican los árboles. Quizá se encuentran inspeccionando un pino ponderosa cercano, un álamo temblón o un liquidámbar, tratando de descifrar sus asombrosos trucos.

Las personas hablan con la ayuda de pulmones, gargantas, laringes, lenguas y labios, gracias a una compleja sinfonía de sonido, respiración y movimiento.

Pero hay muchísimas más formas de transmitir información. Una ceja arqueada, una risita contenida, una lágrima ignorada: estas también son formas de expresarse.

Para un árbol, la comunicación es tan complicada y milagrosa como para los seres humanos. En una misteriosa danza de sol y azúcar, de agua, viento y tierra: construimos puentes invisibles para conectarnos con el mundo.

Las ranas tienen sus propias formas de conectarse. También los perros. También los tritones y las arañas, los elefantes y las águilas.

¿Cómo lo hacemos exactamente? Eso es algo que nosotros sabemos y ustedes tienen que descifrar.

Y la naturaleza también adora los buenos secretos.





7

Dicho sea de paso, no soy simplemente un árbol. Soy una casa. Una comunidad.

La gente anida en mis ramas. Hace madrigueras entre mis raíces. Pone huevos sobre mis hojas.

Y luego están mis huecos. Tener tres huecos –agujeros en el tronco o en una rama– no es raro, especialmente en árboles como yo que ya llevamos varios años aquí.

Los huecos pueden ser suficientemente pequeños como para albergar a diminutos carboneros blancos y negros, o a una familia de ratones ciervos. O pueden ser suficientemente grandes como para hospedar a un oso de mentalidad abierta.

Claro que yo soy un árbol de ciudad. No aparecen muchos osos por aquí, a menos que sean de peluche. Pero he alojado a una buena cantidad de mapaches, zorros, zorrinos, comadrejas y ratones. Un año fui el hogar de una encantadora y extremadamente educada familia de puercoespinos.

Hasta le di refugio a una persona.

Es una larga historia. (Tengo muchas de ellas, almacenadas de la misma manera en que una ardilla acopia bellotas).

Los huecos se producen por muchas razones. Pájaros carpinteros. Ramas caídas. Rayos. Enfermedades. Insectos que cavan madrigueras.

En mi caso, tengo tres. Los dos de tamaño mediano fueron hechos por pájaros carpinteros. El más grande de todos se hizo cuando era muy joven. Durante una tormenta invernal, perdí una gran rama que se debilitó por la nieve acumulada. Provocó una gran herida, que se curó lentamente. Mi follaje primaveral de ese año fue insignificante, mi color, pálido (y francamente vergonzoso).

Pero, finalmente, el agujero se curó y se agrandó con la ayuda de insectos. Ahora, a poco más de un metro del suelo, tengo un hueco profundo y ovalado.

Los huecos ofrecen protección ante las adversidades del clima. Un sitio protegido donde dormir y guardar las pertenencias. Son un lugar seguro.

Los huecos son la prueba de que algo malo puede convertirse en algo bueno con suficiente tiempo, cuidado y esperanza.

Ser la casa de otras personas no siempre es fácil. A veces, siento que soy un edificio de apartamentos con demasiados residentes. Residentes que no siempre se llevan bien.

Aun así, logramos hacer que funcione. Hay mucho intercambio en la naturaleza. Los pájaros carpinteros martillan mi tronco, pero también comen molestas plagas. El césped enfriá la tierra, pero también compite conmigo por el agua.

Cada primavera trae nuevos residentes, viejos amigos, y más oportunidades para llegar a acuerdos. Esta primavera en particular ha sido testigo de una importante explosión de la natalidad. Actualmente, hospedo a polluelos de lechuza, comadrejas bebés y mapaches diminutos. También me visitan con frecuencia los pequeños zorrinos que viven debajo del porche de una casa cercana.

Esto es algo sin precedentes. Nunca alojé a tantos bebés. No es normal. A los animales les gusta el espacio. Les gusta tener su propio territorio. Generalmente, se producirían discusiones. Quizás hasta el robo de un nido o una pelea a medianoche.

Y desde luego que han existido desavenencias. Pero yo he dejado muy claro que no está permitido comerse a los vecinos mientras yo esté a cargo.

En mi caso, no me siento invadido en absoluto por tener tanta compañía.

Hacer que los demás se sientan seguros es una agradable manera de pasar el tiempo.





8

Tengo un miembro más en la comunidad, aunque es posible que “visitante” sea la mejor manera de describir a Samar.

En enero, se mudó con sus padres a una de las casas a las que doy sombra, una casa pequeñita y azul, con un porche hundido y un pulcro jardín. Debe tener unos diez años, de ojos cautelosos y sonrisa tímida.

Samar tiene el aspecto de alguien que vio demasiado. Alguien que quiere que el mundo se calme.

Poco después de mudarse, comenzó a salir furtivamente al jardín una vez que sus padres se habían dormido. Aun en las noches más frías, aparecía con paso cansado, botas rojas y chaqueta verde. Su respiración era un velo helado. Se quedaba mirando la luna y a mí y, a veces, a la casita verde de al lado, donde vive un chico que parece tener su misma edad.

Cuando el tiempo se fue volviendo más cálido, Samar se aventuraba al exterior en pijama y bata, y se sentaba

debajo de mí, sobre una vieja manta salpicada por la luz de la luna. Su silencio era tan completo, su dulzura tan evidente, que los residentes emergían sigilosamente de sus nidos de pelusa de cardo y de diente de león para unirse a ella. Parecían aceptarla como a uno de los suyos.

Bongo tenía un cariño especial por Samar. Volaba hasta su hombro y se instalaba allí. A veces le decía “hola” en una excelente imitación de la voz de Samar.

A menudo, Bongo le hacía regalitos a Samar, regalitos que encontraba en sus vuelos diarios. Una pieza de Monopoly (el auto). Un lazo dorado para el pelo. La tapa de una botella de refresco.

Bongo guarda una reserva de cachivaches en uno de mis huecos más pequeños (que las comadrejas toleran amablemente).



“Uno nunca sabe a quién podría tener que sobornar”, le agrada explicar.

Pero sus regalos a Samar no eran sobornos. Eran simplemente su forma de decir: “Estoy contenta de que seamos amigas”.

Si esto fuera un cuento de hadas, les diría que había algo mágico en Samar. Que quizás ella hechizó a los animales. Los animales no abandonan sus nidos y madrigueras voluntariamente. Les temen a las personas, con buenos motivos.

Pero esto no es un cuento de hadas y no hubo hechizo.

Los animales compiten por los recursos, igual que los humanos. Se comen unos a otros. Luchan por el poder.

La naturaleza no es siempre bonita ni justa ni generosa.

Pero, a veces, se producen sorpresas. Y, todas las noches de primavera, Samar me recordaba que hay belleza en la quietud y gracia en la aceptación.

Y que nunca eres demasiado viejo para sorprenderte.





9

Me alegró la llegada de la familia de Samar al vecindario. Hacía mucho tiempo que no teníamos gente recién llegada.

Yo sabía que, con el tiempo, ellos echarían raíces al igual que tantas otras familias de tantos otros lugares.

Sé un par de cosas acerca de las raíces.

Una noche, no hace mucho tiempo, Samar vino a visitarme. Eran las dos de la mañana. Tarde, aun para ella.

Había estado llorando. Tenía las mejillas húmedas. Se apoyó contra mí y sus lágrimas eran como una lluvia caliente.

En su mano, había un trocito de tela color rosa a lunares. Tenía algo escrito.

Era un deseo. El primero en muchos meses.

No me sorprendió que conociera la tradición del árbol de los deseos. Soy una suerte de celebridad local.

Samar se estiró, jaló suavemente de mi rama más baja y ató la tela con un nudo flojo.

“Deseo”, susurró, “tener un amigo”.

Echó una mirada hacia la casa verde. Detrás de una cortina del primer piso, se movió una sombra.

Y, acto seguido, Samar desapareció otra vez dentro de la casita azul.





10

Cuando te quedas quieto durante más de dos siglos mientras el mundo pasa como un remolino, suceden muchas cosas.

En su mayoría, y por lejos, me han tocado en suerte cosas buenas. Mis hojas refrescaron pícnic y propuestas amorosas. Debajo de mis ramas, se hicieron promesas y se curaron corazones. Los dormilones durmieron y los soñadores soñaron. Observé intentos de ascensos, escuché contar historias.

¡Y las risas! Siempre las risas.

Pero, a veces, ocurren cosas que no son tan buenas. Cuando eso sucede, aprendí que no hay mucho que uno pueda hacer excepto levantar la cabeza y hundir las raíces. A mí me hacharon, me tallaron, me utilizaron como tiro al blanco.

Tuve poca agua, mucha poda, recibí abono y atención, y también me ignoraron y me descuidaron. Fui alcanzado por un rayo y me azotó el granizo.

Fui amenazado por hachas, motosierras, enfermedades e insectos.



Soporté las agudas garras de las ardillas y los molestos picotazos de los pájaros carpinteros. Los gatos treparon por mis ramas y los perros orinaron en mi tronco.

Tengo dolores y molestias, como todos. El año pasado, sufrió una invasión de ácaros que me volvió loco. Quemadura foliar bacteriana, fumagina, marchitamiento de los robles: tuve todas y cada una de las plagas y enfermedades.

Aun así, hay algo en que los árboles son más afortunados que las personas. Solo el uno por ciento de un árbol adulto está realmente vivo en un momento dado. La mayor parte de mí está conformada por células de la madera que ya están muertas. En muchos sentidos, eso me hace más resistente que ustedes.

De modo que puedo afirmar que he visto mucho. Y, ¿quién sabe? Tal vez vea mucho más. Puedo llegar a los trescientos años, hasta quinientos quizás. Ocurre. Los

robles rojos tienen vidas largas, más largas que nuestros delicados amigos los sauces negros, caquis, manzanos y cercis.

Y, sin embargo, unos pocos días después del triste deseo de Samar, sucedió algo que hizo que me preguntara si ya no había visto demasiado.





11

La mañana recién estaba naciendo y yo esperaba la llegada del calor. En la misma cuadra, a poca distancia, un chico desgarbado merodeaba cerca de una señal de detenerse.

La cabeza gacha, estaba encorvado como una maleza llevada por el viento. En la mano derecha, tenía algo brillante. Una herramienta, tal vez, o un bolígrafo.

Sonreía levemente, como si se hubiera contado un chiste a sí mismo. Un chiste que, quizás, solo él comprendía.

Todo el día veo gente abstraída en sus propios pensamientos, hablando consigo misma, sonriendo, frunciendo el ceño.

No era nada fuera de lo común.

Me hallaba en medio de una conversación con Bongo, que acababa de señalarme que yo tenía un año más. Doscientos dieciséis anillos, para ser preciso.

—Otro cumpleanillos —comenté—. Todavía me siento como si fuera un retoño.

—No parece que tuvieras ni un día más de ciento cincuenta —afirmó Bongo—. El árbol más guapo de la cuadra.

—Creo que —hice una pausa para lograr un efecto cómico— llegaré muy alto.

Bongo, que estaba posada en mi rama más baja, suspiró. El suspiro de un cuervo es inconfundible, como el gruñido de un viejito cascarrabias.

—Chiste de árboles —expliqué por si no lo había entendido, aunque por supuesto que lo entendió. A Bongo no se le escapa nada—. Ya sabes, como soy muy alto.

—¿En serio, Rojo? —se estiró y admiró sus lustrosas alas negras con reflejos azulados—. ¿Eso es lo mejor que tienes para ofrecerme esta mañana?

—Tal vez apreciarías mejor mi chiste si no fueras tan sensible acerca de tu estatura —bromeé.

—A los córvidos les importa una pluma la estatura — señaló—. Ingenio, artimañas, picardía, astucia. Eso es lo que cuenta por nuestros lares.

“Córvidos” es un nombre elegante para pájaros como cuervos, cornejas, arrendajos y urracas. Bongo dice que ella es demasiado distinguida como para una clasificación tan vulgar como “cuervo”.

Un viento suave me hizo cosquillas en las ramas. La primavera, esa vieja sinvergüenza, se burlaba de nosotros prometiéndonos días más cálidos.

—La verdad —diserté—, es que no importa el tamaño que tengas, Bongo. Crecemos lo que tenemos que crecer, lo que nuestras semillas decidieron hace mucho tiempo.

—Rojo. Es demasiado temprano para tu discurso de *Árbol viejo y sabio* —me picoteó suavemente—. Aunque tienes razón. No importa cuán alto seas —con un difuso aleteo, voló hacia un poste de teléfono mucho más alto que mi copa—. Especialmente cuando puedes *volar*, amigo.

Casi al mismo tiempo, Samar y Stephen, el chico que vivía en la casa verde, salieron a sus respectivos porches. Ambos tenían mochilas. Ambos se veían entusiasmados de comenzar el día.

Sus ojos se encontraron. Stephen asintió —un gesto muy leve con la cabeza— y Samar asintió a su vez. No fue un saludo, exactamente: solo un reconocimiento.

Stephen salió corriendo hacia la escuela primaria que estaba en la misma cuadra, pero Samar vaciló.

—Hola —saludó suavemente.

Y como si estuviera ensayado previamente, Bongo respondió:

—Hola —como hacía todas las mañanas, con el mismo tono de voz que Samar.

Bongo también puede hacer una tuba aceptable, un impresionante Chihuahua y una sirena de policía.

Samar alzó la vista hacia ella, esbozó una amplia sonrisa y se encaminó hacia la escuela.

Después de eso, mi amiga soltó un graznido áspero y jubiloso, y partió hacia la escuela a esperar la llegada de los chicos. Era una presencia habitual allí. Todos la conocían. Disfrutaba molestando a los chicos y ellos disfrutaban dejándose molestar por ella.



La especialidad de Bongo era desatar zapatos. Mientras los chicos estaban ocupados volviendo a atarlos, les arrebataba comida de las luncheras.

De vez en cuando, hasta les formulaba un pedido de manera educada. Podía decir “Papita, porfa”, “Ni lo sueñes” y “Eres genial”, cuando le convenía.

Mientras observaba planear a Bongo, reflexioné, no por primera vez, sobre mis laberínticas raíces. ¿Cómo sería volar? ¿Excavar? ¿Nadar? ¿Galopar?

Maravilloso, ciertamente. Puro júbilo. Y, sin embargo... no cambiaría ni una sola raíz por nada de eso.

Sin lugar a dudas, es un gran don aceptarse y quererse como uno es.





12

A esta altura, el chico de piernas largas había pasado junto a mí, girado y regresado. Echando una mirada por encima del hombro, pisó el césped que cubría mis raíces.

El aire cambió, se estremeció como lo hace cuando hay gente cerca con sustancias químicas, con calor palpitante, con humanidad.

Y luego ocurrió.

Hundió en mi tronco el objeto que llevaba en la mano. Rápido. Sin vacilar.

Luego examinó los alrededores otra vez. Una anciana que cruzaba la calle le sonrió y sacudió la cabeza. Probablemente pensó: “Qué tierno. Seguro que está tallando un corazón con iniciales en su interior. ¡Ah, ser joven y estar enamorado!”.

La gente tiene la impresión de que a los árboles no les importa que los corten, especialmente si hay corazones en el medio.

Que conste que sí nos importa.

Nunca había visto antes al muchacho. Era grandote. Tal vez un estudiante de la escuela secundaria. Con las personas, es difícil saber. Con un árbol, puedo presentir la edad que tiene a veces hasta en el mes, a veces hasta en el día.

Por supuesto que no podía saber qué estaba tallando. Pero sí podía saber, por la forma decidida en que se movía, que su intención era lastimar.

No a mí. De alguna manera, presentí que su intención no era lastimarme a *mí*. Para él, yo era simplemente una pared.

Aclarada esta cuestión, no es exactamente un placer que te corten. La corteza es mi piel, mi protección frente al mundo. Cualquier herida hace más difícil combatir las enfermedades y los insectos.

Quería gritarle: “¡Detente!”. Decir algo. Cualquier cosa.

Pero por supuesto que no lo hice. No es nuestro estilo.

Los árboles están hechos para escuchar, observar y perdurar.

Terminó rápido. Retrocedió, admiró su obra, asintió levemente y se marchó. Mientras se alejaba, divisé la herramienta apretada dentro del puño.

Un pequeño destornillador con mango amarillo.

Delgado como una ramita, brillante como una alondra.







13

Bongo fue la primera en notar lo que me había sucedido.

Aterrizó en la base del tronco, la cabeza ladeada. Dejó caer la papa frita que llevaba en el pico y gritó:

–¡Te dejo solo unos minutos y mira lo que pasa! ¿Qué rayos es esto?

–Parece que alguien me confundió con una calabaza – comenté. Al ver que no sonreía, agregué: Ya sabes, como me cortaron...

–Por millonésima vez, Rojo, explicar algo no lo hace más gracioso.

Voló a la rama más baja de mi estructura, una de las más grandes y primordiales, y examinó mi herida.

–¿Te duele?

–No de la forma en que una herida podría dolerte a ti. Los árboles somos distintos en eso.

—Tengo que hacer algo —exclamó.

—No hay nada que hacer.

—Tienes una nana grave. Quiero ayudar. Tú eres el *Árbol viejo y sabio*. Dime qué hacer.

—En serio, Bongo. El tiempo cura todas las heridas.

Bongo me odia cuando me pongo a filosofar. Puso los ojos en blanco. (Al menos, eso me pareció. Es difícil estar seguro con los cuervos. Sus ojos son oscuros y húmedos como las moras matinales).

—Espero que no me haya arruinado la corteza —comenté—. Ese es mi lado preferido.

—No está arruinado, solo decorado. Como esos tatuajes que se hace la gente —me dio un golpecito con el pico—. Dime quién lo hizo. Lo buscaré. Le graznaré en la ventana en medio de la noche. Caeré en picada sobre él y le arrancaré pelo —agitó las alas—. ¡No! ¡Mejor aún! ¡Depositaré algo sobre su cabeza todos los días, durante un año!

No le pregunté de qué tipo de depósito se trataba. Estaba seguro de saberlo.

—Bongo, querida —la tranquilicé—. Eso no será necesario.

Cambió el peso del cuerpo de un pie al otro, algo que hacía cuando estaba resolviendo un problema.

—¿Sabes algo? —preguntó—. Ya falta muy poco para el Día de los Deseos. Tal vez este sea una especie de deseo, solo que pésimamente transmitido.

—Otro Día de los Deseos —repetí. Parecía que el anterior había sido ayer nomás. ¿Ya había transcurrido un año

entero? Los días pasaban como las gotas de lluvia en un río.

—Una nueva ronda —señaló Bongo— de gente codiciosa fastidiándote con sus necesidades.

—Una nueva ronda de gente esperanzada deseando cosas mejores —corregí.

El Día de los Deseos siempre era un poco duro para mí y para mis residentes. Normalmente, los animales y los pájaros se mantenían alejados ese día para evitar las manos curiosas y las interminables fotografías.

Pero era solo un día. Yo entendía su historia y mi papel en ella. Sabía que las personas estaban llenas de anhelos.

Al ver mi tronco, una madre que caminaba por la acera llevando a su hijita de la mano se quedó congelada en el lugar.

—Mami, ¿qué dice ahí? —preguntó la niñita, que aferraba un perrito de peluche de la cola sucia y enlodada.

La madre no respondió.

—¿Mami?

Cruzaron el césped y la mujer se acercó a mí.

—Dice “FUERA” —contestó finalmente.

—¿Como cuando digo “si yo fuera grande”?

Suavemente, la madre deslizó el dedo índice por mis cortes.

—Tal vez —respondió—. Tal vez sea así.

Echó una mirada hacia las dos casas cercanas y, meneando la cabeza, apretó con más fuerza la mano de su hija.

—Esperemos que solo signifique eso.







14

Esas casas. Mis casas.

Una pintada de azul. Una pintada de verde.

Una con puerta negra. Una con puerta café.

Una con buzón amarillo. Una con buzón rojo.

Las había observado durante mucho más de un siglo.
Pulcras. Las dos pequeñas, las dos cuadradas, las dos con
techo a dos aguas y chimenea de ladrillos. Hermanas
arquitectónicas.

Mucho antes de que fueran una chispa en la mente de
algún constructor, yo ya estaba aquí, en el medio de todo.
Si mis raíces se extendían más allá del límite que separaba
ambas propiedades, bueno, eso nunca fue una
preocupación para mí. Las raíces pueden ser rebeldes. Las
mías exploraban la tierra debajo de las dos casas, hacían
piruetas alrededor de sus cañerías, fijaban sus cimientos.

Yo extendía mi sombra de manera equitativa y dejaba
caer mis hojas de manera uniforme. Bombardeaba sus

techos con bellotas en cantidades iguales.

No hacía favoritismos.

Con el transcurso de los años, muchas familias consideraron a esas casas como su hogar. Bebés y adolescentes, abuelos y bisabuelos. Hablaban chino y español, yoruba, inglés y criollo francés. Comían tamales y *pani puri, dim sum, fufu* y sándwiches calientes de queso.

Distintos idiomas, distintas comidas, distintas costumbres. Así es nuestro vecindario: salvaje, enmarañado y colorido. Como el mejor jardín.

Unos meses atrás, una nueva familia, la de Samar, alquiló la casa azul. Eran de un país lejano. Sus costumbres eran desconocidas y sus palabras contenían una música nueva. Parecía ser un trasplante más en nuestro caótico jardín.

Excepto que esta vez, algo cambió. El aire se volvió tenso. Los padres de la casa verde se negaron a darle la bienvenida a la nueva familia. Al principio, hubo corteses inclinaciones de cabeza entre los adultos, pero después, hasta éstos desaparecieron.

Sucedieron otras cosas. Alguien arrojó huevos a la casa azul. Una tarde, pasó un automóvil lleno de hombres iracundos profiriendo gritos iracundos, gritos como “¡Musulmanes, lárguense!”. A veces Samar regresaba a su casa seguida de chicos que se burlaban de ella.

Yo quiero mucho a las personas.

Y, sin embargo...

Doscientos dieciséis anillos y todavía no he logrado entenderlas.

Nuestro vecindario había recibido a muchas familias de tierras lejanas. ¿Por qué ahora era distinto? ¿Por el pañuelo que la madre de Samar llevaba en la cabeza? ¿O había algo más?

Mientras todo esto sucedía, de entrometido que soy, presté atención, escuché a escondidas, observé. Sin embargo, nunca interferí. Los árboles son observadores imparciales. Somos una especie fuerte y silenciosa.

Además, ¿qué podía hacer yo? Tenía extremidades, pero solo podían balancearse. Tenía un tronco, pero estaba enraizado en la tierra. Tenía voz, pero no podía utilizarla.

Mis recursos eran limitados.

Y, como se comprobó más tarde, también mi paciencia.





15

Cuando eres el árbol de los deseos del barrio, los rumores se esparcen con rapidez. No llevó mucho tiempo que la gente se enterara de la desagradable palabra tallada en mi tronco. Se detenían a observar. Se reunían en pequeños grupos. Hacían muecas, meneaban la cabeza y murmuraban. A la hora del almuerzo, había llegado la policía.

De hecho, yo no soy un extraño para los agentes del orden. Un par de gatitos calicó reside al otro lado de la calle y les encanta subir por mi tronco hasta las ramas más altas. Lamentablemente, no les encanta bajar. En los últimos dos meses, Lewis y Clark fueron rescatados dos veces por los bomberos y tres veces por la policía.

Sandy y Max, los mismos agentes de policía que habían rescatado a los gatitos apenas la semana pasada, salieron del patrullero para examinarme. Fruncieron el ceño; registraron el césped en busca de pistas; hablaron con los transeúntes y tomaron fotos.

—Bongo —susurré—. Soy oficialmente la escena del crimen.

No le resultó gracioso.

La persona que era dueña de las casas —y, por lo tanto, técnicamente, de mí— era quien había llamado a la policía. Francesca, alta y delgada, de cabello corto y gris claro, vivía al otro lado de la calle. La casa azul y la casa verde habían pertenecido a su familia por generaciones.

También era dueña de Lewis y Clark, mis intrépidos visitantes.

Con expresión sombría en el rostro, Francesca cruzó la calle con paso largo para hablar con los policías mientras Lewis y Clark se retorcían en sus brazos.

—Ese árbol —le comentó a Sandy, que tomaba notas en un pequeño cuaderno—, no ha causado más que problemas desde que tengo memoria.

Francesca no era una persona del tipo sentimental. Le gustan más los gatos que los árboles.

Sobre gustos no hay nada escrito. A mí me gustan más los árboles que los gatos.

—Oh, pero los chicos aman al árbol de los deseos —replicó Sandy y me miró de arriba abajo—. Aunque imagino que es mucho trabajo para usted.

—Todos los años, al día siguiente del Día de los Deseos, juro que derribaré este árbol —afirmó Francesca.

Era cierto. Pero yo sabía que no hablaba en serio. Ella y yo teníamos una larga historia en común.

—La limpieza no es lo peor de todo —prosiguió—. ¡Las cosas que pide la gente! ¡Una locura! El año pasado, alguien escribió “Deseo espaguetis de chocolate”, con marcador indeleble, en una prenda de ropa interior arrojada a gran altura.

—Espaguetis de chocolate —repitió Sandy—. Yo podría respaldar ese deseo.

—Una locura, permítame decirle —Francesca me miró fijo—. Después de todo, es solamente un árbol. Nada más que eso.

“Solamente un árbol” parecía un poco injusto. Pero Francesca se veía cansada y enojada, de modo que traté de no tomármelo como algo personal.

Sandy cerró su cuaderno.

—La gente cree lo que quiere creer. Sobre los árboles —se quedó mirando la palabra recientemente tallada—. Y también sobre las personas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Francesca.

—No sé —respondió Sandy—. El árbol le pertenece a usted y no a la nueva familia, y usted ha estado acá desde siempre.

Francesca sonrió con tristeza.

—Esa advertencia podría estar dirigida a mí.

Observaron a Max mientras colocaba un cerco de cinta amarilla alrededor de mi tronco para indicar la escena del crimen, utilizando postes de metal.

—No lo creo, Francesca —comentó Sandy.

Max se unió a ellas. Acarició a los gatitos, que ronronearon con fuerza.

—La historia de este árbol representa un problema — explicó—, en términos de procesar a alguien—. Ya casi estamos en mayo, cuando la gente deja sus deseos... o lo que sea. Es difícil afirmar con seguridad que esto no forma parte de, ustedes saben, toda la tradición —se encogió de hombros—. Eso suponiendo que descubrimos quién lo hizo, obviamente.

—Se supone que la gente debe pedir sus deseos en trapos o trozos de papel y no grabarlo en el tronco —replicó Francesca—. Esa es la razón por la cual, en Irlanda, les llaman “árboles de trapos”. Actualmente, mucha gente solo ata una etiqueta alrededor de una rama y escribe sus alocados deseos encima —se encogió de hombros—. De todas maneras, “FUERA” no es un deseo sino una amenaza.

—Sin ninguna duda —concordó Max.

Francesca señaló con la cabeza las sendas rotas y agrietadas que conducían a ambas casas.

—Les digo algo: a pesar de ser el árbol de los deseos, este roble está destrozando el pavimento. Y también está provocando problemas en las cañerías. Sus raíces son interminables —sacudió la cabeza—. Tal vez ya sea hora de cortarlo. Ya no habrá más hojas que rastrillar. No habrá más caos el Día de los Deseos. No habrá más... maldad.

Lewis saltó de los brazos de Francesca y salió disparando hacia mi tronco. Sandy le hizo un tacle justo a tiempo.

—Terminaremos la investigación en uno o dos días y ya no la molestaremos más —comentó Max—. Y luego podrá hacer lo que quiera con el árbol.

—¿Saben algo? —señaló Francesca tomando a Lewis de las manos de Sandy—. Mi padre estuvo a punto de talar este árbol hace muchos años. Mi madre no estaba de acuerdo, por tradiciones familiares o algo así. Sentimentalismos estúpidos —suspiró—. Supongo que soy yo quien tendrá que decidir.

—Mientras tanto, manténganos al tanto si sucede algo más —aconsejó Sandy.

Francesca atravesó el césped, aferrando a los gatitos.

—“FUERA” —murmuró—. En qué mundo vivimos.







16

Cuando eres un árbol, una palabra como “talar” inevitablemente llamará tu atención.

Francesca ya había hecho algunas insinuaciones de este tipo, pero siempre en broma, después de una larga tarde de octubre rastillando mis hojas recientemente caídas en crujientes montañitas. O después de un particularmente caótico Día de los Deseos. O después de pisar mis bellotas con los pies desnudos.

Me sentí mal por lo de las sendas agrietadas. Son gajes del oficio. Para mantenerme vivo, necesito una vasta red de raíces. Y las raíces pueden llegar a ser sorprendentemente fuertes.

—¿Oíste eso? —preguntó Bongo mientras observaba a Francesca entrar en su casa—. Esta vez parecía hablar en serio.

—Ya oí todo eso antes —respondí.

—Lamentablemente, los novatos también lo oyeron — agregó.

Bongo les llama “novatos” a todas las nuevas camadas de bebés. Finge estar indignada con sus travesuras, pero yo sé que no es así.

—Presta atención —instó.

Como era de esperar, alcancé a oír el gemido de los zorrinos bebés desde su nido oculto debajo del porche.

—¡Pero nosotros queremos a Rojo, mamá! —chilló uno de ellos.

—Cállate —lo regañó Pan Fresco, su madre—. Es pleno día, se supone que deberías estar durmiendo. Eres un animal crepuscular.

Las criaturas crepusculares, como las luciérnagas, los murciélagos y los ciervos, están especialmente activas al atardecer y al amanecer.

—¿Rojo estará bien, mamá? —preguntó otro bebé, cuya voz reconocí como la de Pétalo de Rosa.

Todos los zorrinos tienen nombres de aromas agradables. No sé si esto se debe a que están un poco a la defensiva por su reputación, o si simplemente tienen un irónico sentido del humor.

—Por supuesto —respondió su madre—. Rojo es indestructible.



Bongo me miró.

—¿Ves a qué me refiero?

—Santo cielo —exclamé—. Esta noche, ya estarán todos enterados. Las comadrejas, los mapaches, las lechuzas... El Pequeño Harold estará fuera de sí.

Harold era el pichón de lechuza común más pequeño de todos, y muy aprensivo.

Las lechuzas comunes se ponen nombres sensatos, que no llamen la atención.

—Hablaré con todos —anunció Bongo—. Los calmaré. Les diré que no deben preocuparse.

—Estoy seguro de que todo estará bien —afirmé—. He visto muchas cosas en todos estos años. ¡Me inquieté por tantas cosas que nunca sucedieron! Podría escribir un libro —hice una pausa—. De hecho, podría ser un libro —hice otra pausa—. Ya sabes... como el papel está hecho con árboles.

Bongo emitió esa risa aguda y estridente propia de los cuervos. Ni siquiera me regañó por el chiste malo.

Ahí fue cuando comencé a preocuparme.





Aunque estaba muy preocupado por la reacción de los bebés ante las palabras de Francesca, más preocupado estaba por Samar. ¿Qué pasaría cuando volviera de la escuela y viera la palabra tallada en mi tronco? ¿Pensaría que estaba dirigida a ella y a su familia, como Francesca y los policías parecían suponer?

Regresó a su casa sola. Unos pocos metros delante de ella, estaba Stephen.

Una reportera del periódico del barrio se encontraba en la acera entrevistando a las personas que pasaban. Los rumores viajan rápido por estos lares. Especialmente cuando hay de por medio cinta amarilla de la policía.

¿Habían visto lo ocurrido?, insistía en preguntar la periodista. ¿Alguna vez habían pedido algo en el Día de los Deseos? ¿Qué creían que significaba la palabra “FUERA”?

La mujer se acercó a Stephen. ¿Sabía él por qué alguien escribiría la palabra “FUERA” en nuestro querido árbol de los deseos?

Stephen se quedó mirándola. Luego echó una mirada hacia atrás a Samar y esbozó una sonrisa leve y triste. Sin responderle a la periodista, se dirigió a su casa.

Los ojos de Samar se movieron rápidamente entre Stephen, la reportera y yo. Se acercó corriendo a mi tronco, vio la palabra y lanzó un grito ahogado. Estiró una mano hacia mí, pero la cinta de la policía me mantenía fuera de su alcance.

—¿Vives aquí? —preguntó la reportera—. ¿Querrías hacer algún comentario sobre el incidente?

Samar no pronunció una sola palabra. Dio media vuelta, se irguió y subió los torcidos escalones de la casita azul. Levantando la cabeza y hundiendo las raíces.





18

Esa misma tarde, alrededor de las seis, regresaron Sandy y Max. Cuando la policía golpeó la puerta de la casa verde, los padres de Stephen abrieron y respondieron preguntas. Menearon la cabeza, se encogieron de hombros y luego cerraron la puerta y corrieron las cortinas.

Cuando la policía golpeó la puerta de la casa azul, los padres de Samar abrieron y respondieron preguntas. Se frotaron los ojos, suspiraron y luego ellos también cerraron la puerta y corrieron las cortinas.

Mientras los dos agentes se dirigían al patrullero, Sandy se detuvo debajo de mí.

—Me pregunto si deberíamos pedir un deseo —señaló—. Podría ser nuestra última oportunidad.

—Te diré cuál es mi deseo —dijo Max—. Desearía no tener que investigar cuestiones como esta.

Sandy le palmeó el hombro.

—Yo no me haría ilusiones de que se te cumpla.

En cuanto a mí, me pasé las últimas horas de la tarde tranquilizando a los padres y a los retoños, que me consideraban su hogar. No estaban preocupados solamente por tener que encontrar un lugar adonde mudarse. También estaban preocupados por mí.

Y yo también estaba preocupado por mí. No quería abandonar el mundo que tanto amaba. Quería conocer a los pichones de las lechuzas en la primavera. Quería elogiar al nuevo retoño del arce de la acera de enfrente, cuando se pusiera rojo como el atardecer. Quería que mis raíces viajaran más lejos, que mis ramas llegaran más alto.

Pero así son las cosas cuando amas la vida. Y, si mi hora había llegado, debía aceptarlo con calma. Después de una vida tan buena como la que había tenido, ¿quién era yo para quejarme?

Sin embargo, estaba preocupado por los bebés, por sus padres peleando para encontrar nuevos lugares seguros donde hacer sus nidos, cavar sus madrigueras y esconder sus provisiones de bellotas para el invierno.

Y, por encima de todo, estaba preocupado por Samar.

No sé por qué. Tal vez porque me recordaba mucho a otra niñita de una época muy lejana. Una niñita a la cual yo había logrado proteger exitosamente.

La bisabuela de Francesca.

Como dije, es una historia que se remonta a mucho tiempo atrás.





19

Mucho después de medianoche, Samar vino a visitarme. Llevaba una robe azul. Su cabello oscuro y rizado estaba recogido en una floja cola de caballo. Sus ojos estaban llenos de luz de luna.

Se sentó al pie de mi tronco sobre su manta. No miró la palabra grabada ni la luna finita ni las casas azul y verde. Se quedó quieta esperando.

Siempre llevaba un rato. Pero siempre sucedía.

Uno por uno, los bebés se aventuraron fuera de su refugio para verla.

Harold fue el primero, aleteando torpemente hacia el suelo. Los bebés mapaches Tú, Tú, Tú y Tú fueron los siguientes. (Las madres mapaches son notoriamente olvidadizas, de modo que no se molestan en ponerles nombres tradicionales). Las comadrejas, los zorrinos: todos se unieron.



Samar permanecía completamente quieta. Los bebés formaron un círculo a su alrededor. Se sentaron juntos bajo el resplandor de la luz de la luna y escucharon el susurro de mis hojas.

Bongo se instaló en el hombro de Samar.

—Hola —la saludó, en su versión de cuervo de la voz de Samar.

—Hola —replicó Samar, repitiendo el eco.

Bongo graznó y Samar pegó un ligero salto. Aun el graznido más leve de Bongo es un poco áspero. Luego voló a mi hueco más pequeño y metió la cabeza en el interior, las plumas de la cola todavía visibles. Con algo brillante en el pico, volvió a bajar y se colocó frente a Samar. Suavemente, apoyó en su mano una reluciente llavecita de plata con una larga cinta de color rojo desvaído.

—Es hermosa —exclamó Samar—. Gracias.

Bongo se inclinó hacia adelante, las alas extendidas, en una suerte de reverencia. En los círculos de los cuervos, eso era una señal de gran afecto.

Yo había visto antes esa llave. Bongo la había “heredado” de su madre. Los cuervos viven en familias extendidas y se pasan información de generación en generación. No me sorprendió que ella todavía tuviera esa llave o que hubiera decidido entregársela a Samar.

En la dulce calma, rodeado de todo lo que amaba –la luna, el aire, el césped, los animales, la tierra, la gente–, me pregunté con una punzada, cuánto tiempo más podría disfrutar estos momentos.

Me pregunté también si había hecho lo suficiente por el mundo que amaba. Era algo que ya me había cuestionado antes. Pero la inminencia de la muerte tiene la virtud de hacer que concentres tu atención.

Era cierto que había provisto de sombra suficiente. Había creado océanos de oxígeno para que la gente pudiera respirar. Había sido el hogar de un interminable desfile de animales e insectos.

Había hecho mi trabajo. Un árbol, después de todo, es solamente un árbol. Como le había dicho a Bongo: “Crecemos lo que tenemos que crecer, lo que nuestras semillas decidieron hace mucho tiempo”.

Pero, aun así...

Doscientos dieciséis anillos, ochocientos sesenta y cuatro estaciones, y todavía me faltaba algo.

Mi vida había sido tan... segura.

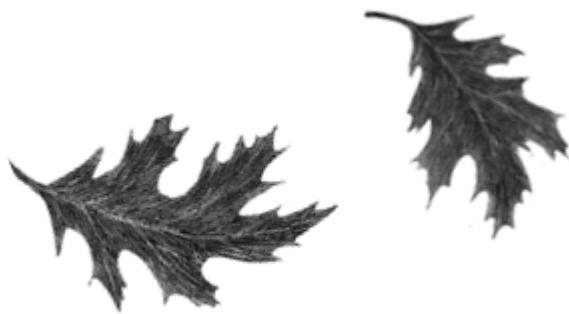
En el piso de arriba de la casa verde, se movió una cortina. Detrás, pude distinguir a Stephen observándonos.

Yo sabía lo que estaba pensando. Una de las ventajas de ser un buen oyente es que aprendes mucho acerca del funcionamiento del mundo.

En los ojos de Stephen, en la forma en que había mirado a Samar esa tarde, vi algo que ya había visto muchas veces.

Un deseo.





20

Una vez que Samar se marchó, me sentí inquieto.

La inquietud no es una característica útil en un árbol.

Nos movemos muy poquitito, célula por célula, las raíces se extienden lentamente, los brotes se impulsan hacia la luz del sol. O nos movemos porque alguien nos trasplanta a un nuevo lugar.

Cuando eres un roble rojo, no sirve de nada ponerte nervioso.

Los árboles, como dije, están hechos para escuchar, para observar, para perdurar. Pero, solo por una vez, antes de despedirme del mundo, ¿cómo sería dejar de ser pasivo? ¿Ser un actor de las obras que se desarrollaban a mi alrededor? ¿Y hasta mejorar un poco las cosas?

—Bongo —proferí suavemente—. ¿Estás dormida?

—Ahora sí —refunfuñó.

—Tengo una pregunta.

—Te la responderé mañana a primera hora.

—¿Cómo se produce la amistad?

Respondió con un ronquido.

Me di cuenta de que era un ronquido falso. Sus ronquidos reales son tan fuertes que asustan a las crías de las comadrejas.

—Hablo en serio —insistí.

Bongo gruñó.

—No sé. Simplemente ocurre.

—¿Pero *cómo*?

—Los amigos tienen cosas en común —señaló—. Ahí tienes. Tu respuesta en seis palabras. Nos vemos a la madrugada, amigo.

Analicé sus palabras.

—Pero si lo pensamos en forma precisa, ¿qué tenemos en común tú y yo?

Exhalando con fuerza, voló hacia el suelo.

—De acuerdo. Ahora estoy completamente despierta, muchas gracias. ¿De qué se trata todo esto?

—Es solo una idea.

—Yo te daré una idea: las ideas son una mala idea —exclamó—. Especialmente cuando alguien está en plan de entrometerse en algo. Y te estoy mirando a ti, Rojo.

—Volviendo a mi pregunta. ¿Por qué somos amigos?

—Está bien, de acuerdo. Déjame pensar un minuto.

Caminó en círculo alrededor de mi tronco, reflexionando.

Me encanta la forma en que se mueven los pájaros, tan diferente de los árboles. Nosotros nos inclinamos con el viento. Somos elegantes y pausados. Los pájaros, en cambio, revolotean y se sacuden. Sus cabezas se agitan de un lado a otro, como si acabaran de escuchar noticias asombrosas.

Bongo se detuvo.

—Bueno, para empezar, eres mi hogar. Y yo soy tu inquilina.

—Pero esa no es una verdadera razón para que seamos amigos. Yo he tenido inquilinos que no me agradaban particularmente.

—¿Esa ardilla? ¿Cómo se llamaba? ¿Avellana? ¿La que tenía mal aliento?

—No es importante.

—Yo sabía que era Avellana.

—Bongo —exclamé—. Concéntrate, por favor.

Alzó la vista hacia mí.

—Rojo, somos amigos porque sí. ¿No es suficiente? —su voz era tenue y dulce, sin su usual tono de impaciencia.

—Tienes razón —respondí—. Pero imagina que dos personas tuvieran que hacerse amigas. ¿Qué harías para que eso sucediera?

—Tal vez juntarlas, lograr que hagan algo juntas. Parlotean, se ríen y *voilà*. Se ha formado una amistad.

–¿Tengo razón?

–Hum.

–No me agrada cuando haces *hum*. Hacer *hum* te hace concebir ideas.

–Puedes seguir durmiendo, Bongo. Gracias por la charla. Eres una buena amiga.

–Lo mismo digo –repuso y regresó volando a su nido–. Asegúrate de dejarme dormir hasta tarde.

–¿Bongo?

–¿Y ahora *qué*?

–Una cosa más. ¿Por qué crees que las personas son tan crueles unas con otras?

–No es que nosotros seamos precisamente ángeles. Anoche vi a Agnes comerse una lagartija entera de un solo bocado.

Agnes, la lechuza común que vive con sus pichones en mi hueco más alto, aleteó irritada.

–Ey, uno tiene que comer. Y tú no eres quién para hablar, Bongo –comentó–. ¿Acaso hay algo que los cuervos se *nieguen* a comer?



—Lo que quiero decir —continuó mi amiga— es que el mundo es un lugar duro. No importa si eres un conejito, una lagartija o un niño.

Dicho esto, empezó a roncar —de verdad—, pero yo todavía estaba despierto.

—Ma, ¿qué es ese horrible ruido? —se escuchó la voz sorprendida de una comadreja bebé.

—Es Bongo durmiendo —respondió su madre.

Bongo había tenido razón. Yo estaba elaborando una idea.

Siempre había dicho que yo era un entrometido, por no mencionar un optimista.

Un fisgón optimista.

Bueno, había cosas peores.

Los árboles somos una especie fuerte y silenciosa.

A menos que dejemos de serlo.





21

-Bongo -dijo temprano esa mañana mientras las últimas estrellas se desvanecían cual exhaustas libélulas-, necesito que hagas algo.

-¿Hay papas fritas de por medio? –masculló.

-No.

-Entonces prefiero dormir.

-Tiene que ver con Samar.

-Prometiste que me dejarías dormir hasta tarde.

-No lo prometí.

-Lo diste por sobreentendido.

-Quiero cumplir el deseo de Samar.

Esto despertó a Bongo. Aleteó hasta su rama favorita, a la que había puesto de apodo Home Plate. (A Bongo le agrada mirar a los chicos de primaria jugar softbol).

-Ey, Rojo, tú no haces realidad los deseos. Tú eres el lugar adonde van los deseos. Eres como un... como un

bote de basura de hojas, en el buen sentido.

—Durante doscientos dieciséis anillos, me he sentado sobre mis raíces y escuchado a la gente hacer peticiones. Y supongo que, muchas veces, esos deseos no se hicieron realidad.

Bongo acomodó una pluma en su lugar.

—A veces, eso es lo mejor. ¿Recuerdas a ese niño del kínder que quería una topadora?

—Yo soy pasivo. Me quedo acá observando al mundo.

—Eres un árbol, Rojo. Se podría decir que esa es tu tarea.

—Este es un buen deseo. Y es un deseo que puedo hacer que se cumpla —hice una pausa—. Bueno, nosotros podemos hacer que se cumpla.

—Sí, tenía la sensación de que la cosa venía por ahí —Bongo planeó hasta el suelo—. Mira, yo escuché el deseo de Samar. ¿Cómo piensas hacer para encontrarle un amigo?

—Ya verás —respondí, esperando sentirme tan confiado como sonaba.

—Rojo —Bongo andaba de un lado a otro. Con cada paso, su cabeza se extendía hacia adelante—. Tenemos problemas más serios, amigo. Francesca está hablando de convertirte en escarbadientes. Y tus residentes están frenéticos pensando a dónde se mudarán si eso ocurre —se acercó más a mí y me dio un golpecito cariñoso—. Por supuesto que también están preocupados por ti.

—Lo sé.

Pan Fresco asomó la cabeza desde abajo del porche. Apenas había amanecido y solo se veía claramente la línea blanca que le atravesaba la cara.

—Yo ofrecí alojar temporalmente a una de las tres familias —anunció—. Preferiblemente a las comadrejas. Se comportan mejor que los Tús.

—Es muy generoso de tu parte, Pan —comenté, pero fui interrumpido por Tú Grande, la madre de los cuatro bebés mapache. Estaba en el hueco grande, rezongando por lo bajo.

—Disculpen —exclamó—. ¡Pero Tú, Tú, Tú y Tú tienen excelentes modales!

—Son muy curiosos —señaló Pan Fresco—. Siempre metiendo las narices donde no deberían. Agarrando cosas con esas patitas que tienen.



—Bueno, ¡jal menos no apestan! —gritó Tú Grande—. ¡Y por lo que yo sé, tus hijos también tienen patas!

Arañas Peludas, la comadreja madre, se asomó cautelosamente desde su propio hueco.

Las comadrejas se ponen nombres de acuerdo a aquello que temen.

—Todo depende de la nariz con que se huela —sentenció Arañas Peludas—. Y mientras que, personalmente, yo creo que tus hijos tienen un olor delicioso, Pan, ya me reservé un lugar en la pila de leña a dos casas de distancia. Por si algo le pasara al querido Rojo —me dio unas palmadas—. Sin ánimo de ofender, cariño. Solo estoy anticipándome a los hechos, tú sabes.

—Faltaba más —le aseguré.

—¡Yo vi esa pila primero! —gritó Tú Grande.

—Puedes compartir la madriguera de los zorrinos —propuso Arañas Peludas.

—¡Ni muerta me instalo ahí! —exclamó—. No ahora que sé que mis “curiosos” niños no son bienvenidos.

—Bueno, son un poco bulliciosos —comentó Arañas Peludas.

—Al menos tienen coraje —objetó Tú Grande—. Tus hijos se desmayan ante su propia sombra.

—Ser comadreja es una forma muy útil de adaptación —argumentó Arañas Peludas retorciendo la nariz—. El mundo es un lugar peligroso. Y no podemos controlarlo. Las cosas suceden de todas maneras.

—Si me permiten una interrupción —brotó una voz suave de mis ramas más altas. Era Agnes—. Hay un tilo de muy

buen aspecto a dos cuadras de aquí, recién desocupado por una familia de ardillas grises. Nosotros lo estamos evaluando como una posibilidad. Pero hay un gato grandote que anda suelto por ahí. Con collar pero sin cascabel, así que ese es un problema. Y también un perro enorme y baboso.

—Para ser justos, todos los perros son babosos —observó Bongo.



—Pienso que todos deberían calmarse un poco —los interrumpí—. No nos anticipemos a los problemas. Vivamos el presente, amigos míos. ¿Quién sabe lo que ocurrirá mañana?

Las madres me echaron miradas asesinas y se escucharon gran cantidad de suspiros.

—¿Un comentario muy de *Árbol viejo y sabio*? —pregunté.

—Muy —confirmó Bongo mientras todos los animales se retiraban indignados a sus hogares.

—Están todos un poco tensos —explicó—. Preocupados por tu... situación.

—Me doy cuenta.

—Yo también lo estoy —agregó casi en un suspiro.

—Lo sé —replique suavemente—. Pero no hay mal que por bien...

—Rojo —interrumpió Bongo.

—Lo siento.

—Debe haber algo que yo pueda hacer —comentó.

—Eres una buena amiga. Pero, a veces, lo único que puedes hacer es levantar la cabeza y hundir las raíces.

—¡Rojo!

—Lo siento —repetí.

—¿Qué será de mí sin ti, Rojo? —preguntó muy suavemente.

—Estarás bien, amiga mía. Te lo prometo.

Los dos nos quedamos en silencio.

Por fin, Bongo se sacudió y ahuecó las alas.

—De todas maneras, tal vez no sea el mejor momento para andar concediendo deseos. Eso es lo que yo pienso.

—A mí me parece que este es exactamente el momento adecuado —afirmé.

Bongo emitió su gruñido de viejita cascarrabias.

Se dio cuenta de que no pensaba echarme atrás.

Y, a continuación, comenzamos a urdir nuestro plan.





22

Una hora y media después, cuando Stephen partía hacia la escuela, pusimos en ejecución el Plan Número Uno.

Apenas había llegado a la acera cuando Bongo se lanzó directamente hacia su mochila. Graznó frenéticamente mientras daba picotazos al cierre.

Cuando los cuervos quieren ser ruidosos, lo son en extremo.

—¿Qué? —gritó Stephen—. ¿Qué te *pasa*, pájaro? —dejó caer la mochila al suelo.

Bongo aterrizó sobre la mochila y alzó una mirada esperanzada hacia él.

—Papita, porfa —exclamó.

Stephen puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—Hola —repitió—. Papita, porfa.

El niño colocó las manos en la cadera.

—Bueno, está bien. Te he visto en acción en la fila del autobús.

Bongo bajó al piso de un salto mientras Stephen abría la mochila.

—Eres genial —le dijo cortésmente.

Stephen extrajo la bolsa del almuerzo y la abrió.

—Veamos. Tengo un sándwich de atún, bastones de zanahoria...

Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra más, Bongo se zambulló dentro de la mochila, pescó una hoja de papel y salió volando.

—¡Ey! ¡Esa es mi tarea de Lengua! —gritó Stephen—. ¡Vuelve acá, ladrona!

Bongo voló hacia mis ramas más altas y aterrizó con un graznido de victoria.

Stephen merodeó alrededor de mi tronco, que estaba rodeado por la cinta amarilla de la policía.

—Por favor, cuervo —rogó—. Te daré todo el sándwich, por favor.

Bongo se posó en el papel y su pico quedó libre.

—Ni lo sueñes —respondió.

Unos minutos más refunfuñando y Stephen se dio por vencido.

—Genial —masculló mientras tomaba la mochila—. La señorita Kellerman nunca me creerá cuando le cuente que

un cuervo se comió mi tarea.





23

Cuando Samar salió de su casa, era hora de continuar con el plan.

Se detuvo, como siempre lo hacía, para saludar, y Bongo, como siempre lo hacía, le devolvió el saludo. Pero esta vez mi amiga la sorprendió al aterrizar en su hombro y ofrecerle un trozo de papel arrugado.

Samar lo tomó.

—Tiene el nombre de Stephen. ¿Por qué rayos lo tienes tú?

—Ni lo sueñes —respondió Bongo.

—Bueno, me aseguraré de que lo reciba.

Bongo lanzó un débil graznido y regresó a mí.

Perfecto. Un plan simple, hermosamente ejecutado.

Samar le entregaría la tarea a Stephen. Luego entablarían una conversación acerca del cuervo loco del

enorme roble. Reirían. Compartirían experiencias. Se darían cuenta de que tenían mucho en común.

Y *voilà*. Se habría formado una amistad.

Era un gran plan.

Excepto por lo que ocurrió segundos después. La parte en que Samar divisó a un amigo de Stephen que se acercaba. Corrió hasta él y le pidió que le entregara la hoja.

Y eso fue todo.

—Entrometerse no es tan fácil como pensé que sería —le confesé a Bongo.

—Ey, yo hice mi parte.

—Tú estuviste genial —afirmé—. Bueno, tendremos que intentarlo otra vez. No tenemos mucho tiempo.

—Rojo —suspiró Bongo— no me lo recuerdes, por favor.



24

Esa misma tarde, pusimos en práctica el Plan Número Dos.

—Esto no funcionará, Rojo —exclamó Bongo paseándose de un lado a otro por el césped.

—Pesimista —acoté.

—Optimista—replicó.

Sin embargo, secretamente, yo tenía mis dudas. Nuestro segundo plan requería la ayuda de uno de los bebés. Había existido mucha discusión acerca de cuál bebé nos ayudaría, pero, debo reconocer, también había existido una gran discusión desde que Francesca amenazó con derribarme.

Me frustraba ver a mis residentes, que venían llevándose milagrosamente tan bien, volverse unos contra otros al verse enfrentados a un problema.

Había que reconocer que se trataba de un gran problema. Pero si yo podía manejarlo, lo menos que

podían hacer ellos era comportarse durante los últimos días que estuviéramos juntos.

Bongo lanzó al aire un centavo que guardaba entre sus tesoros y así arribamos a nuestro asistente: Flashlight, el bebé más pequeño, que encarnaba el temor de las comadrejas a la luz.

—A ver si lo entiendo bien —insistió Bongo—. ¿Tienes miedo de que Flashlight...?

—Shhh —siseó Arañas Peludas—. Tratamos de no mencionar esa palabra cuando él está cerca.

—¿Y cómo lo llaman? —preguntó Agnes.

—Responde a Flash.

—Bueno, Flash —rectificó Bongo—, entiendes lo que vamos a hacer, ¿verdad? Finges estar muerto. Ustedes son muy buenas para eso, ¿no?

Flash asintió con entusiasmo.

—Las comadrejas sabemos fingir que estamos muertas mejor que nadie.

—Entonces te haces el muerto, Samar y Stephen te ven cuando regresan de la escuela...

—Esperemos que hoy regresen a la misma hora —interrumpí.

—...y se vuelven locos —continuó Bongo—, ven al adorable bebito, que parece estar muerto, deciden entre ellos qué hacer...

—¿Están seguros de que no habrá problemas? —preguntó Arañas Peludas—. Me siento un poquito mareada de solo

pensarlo.

—Todos estaremos observando. Y Stephen y Samar son chicos inteligentes —la tranquilicé—. Saben que no deben tocar a un animal enfermo.

—Entonces van a buscar a sus padres, llaman a algún centro de rescate de la vida silvestre o a un veterinario y, mientras están ocupados —prosiguió Bongo—, el pequeño Flashlight... eh... Flash, regresa rápidamente a su madriguera. Samar y Stephen vuelven a salir, se ríen de la comadreja desaparecida, tal vez hasta los padres se ponen a hablar...

—Yo pienso que Tú lo haría mejor —se quejó Tú Grande—. Es una actriz nata. O Tú, o Tú o Tú.

—Eso ya está decidido —anunció Bongo con firmeza—. Lanzamos el centavo, ¿recuerdas?

—Solo decía —masculló Tú Grande.

Al otro lado de la calle, sonó la campana de la escuela.

—¡Todos a sus puestos! —exclamó Bongo.

—Esto saldrá totalmente bien —comenté.

—Esto saldrá totalmente mal —comentó mi amiga justo al mismo tiempo.





25

-¡Acción! -susurró Bongo.

El pequeño Flash se arrastró hasta el medio del césped.

Se echó de costado y se acurrucó. Cerró los ojos y retrajo los labios, dejando a la vista unos dientitos muy afilados.

-Perfecto -aprobó Bongo.

-Intenta largar espuma por la boca, querido -le gritó Arañas Peludas.

A poca distancia, podíamos ver a Stephen que se aproximaba. Afortunadamente, Samar se encontraba a pocos metros.

Flash se enderezó de un salto.



-¿Qué tal estoy, ma?

—Maravillosamente bien, mi bebé —comentó Arañas Peludas—.
¡Mamá está tan orgullosa de su chiquitito!

—¡HAZTE EL MUERTO! —gritó Bongo.

—Ah, sí —Flash se encogió de hombros—. Me olvidé, tía Bongo.

—No soy tu tía —espetó Bongo—. Ni siquiera soy un miembro de tu especie.

—Bueno, eso no es realmente importante —la reprendí.

—¡HAZTE EL MUERTO! —gritó otra vez.

A Flash le dio un ataque de hipo.

—Santo cielo —exclamó Arañas Peludas—. Le pasa eso cuando está nervioso.

—¿Por qué no puedo hacer yo de muerta, mamá? —preguntó Pétalo de Rosa.

—¡NOVATOS, SILENCIO! —ordenó Bongo—. ¡FLASH, BASTA DE HIPO, CHICO!

—¡Aquí vienen! —susurre—. ¡Stephen y Samar!

El hipo se volvió más intenso.

—¡FLASHLIGHT! —chilló Bongo—. ¡AHORA!

—¡No lo llames así! —gritó su madre.

Flashlight se paralizó, detuvo el hipo y le salió espuma por la boca. Sus ojos entrecerrados estaban vidriosos y ciegos.

—¡La actuación completa! —susurró Bongo—. ¡Excelente!

Stephen encontró a Flash primero. Samar venía detrás.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó.

Un éxito, pensé. Estaban realmente hablando.

—No lo toques —señaló Samar—. Podría estar rabioso. O podría estar haciéndose el muerto. Leí que las comadrejas suelen hacer

eso.

—Voy a buscar a mamá. Quizás ella pueda llamar a alguien.

—Me parece bien —concordó Samar.

Para mi decepción, Stephen y Samar se hicieron un gesto de asentimiento con la cabeza y de inmediato se fueron a sus respectivas casas.

Y, una vez más, eso fue todo.

¿Tanto trabajo para unos pocos segundos de conversación?

¿Cómo hacían *exactamente* las personas para entablar una amistad? No podía ser tan difícil.

Aun así, me recordé a mí mismo, Stephen y Samar habían hablado. Y eso era un buen comienzo, ¿verdad?

—¿Flash? —lo llamó Bongo—. Es hora de volver a tu madriguera, amiguito. Antes de que regresen.

Flash se quedó inmóvil, hecho una pelotita.

—¿Flash? —repetí.

—¿Flash? ¿Bebé? —chilló Arañas Peludas.

—¡Oh, mi Dios! —exclamó Tú Grande—. Me parece que tu bebé no está actuando.

—¡Mi bebé! ¡Mi precioso Flash! —gritó su madre y todos sus hermanos comenzaron a gemir.

—Tendrías que haber usado uno de mis Tús —acotó Tú Grande.

—¡FLASH! ¡DEJA DE HACERTE EL MUERTO! —aulló Bongo. Se acercó saltando a Flash y le dio unos golpecitos suaves con el pico.

—¡Cómo te atreves a picotear a mi hijo! —chilló Arañas Peludas—. ¡Flash! ¡Mi bebé! ¡Yo te salvaré!

Arañas Peludas salió disparando de su hueco, bajó a toda velocidad por mi tronco y se desmayó inmediatamente.

—Ah, genial —comentó Bongo—. Sencillamente fantástico. De tal palo, tal astilla. ¿Qué hacemos ahora, *Árbol viejo y sabio*?

—Tú tomas a Flash —indiqué—. Pan Fresco y Tú Grande, ¿pueden rescatar a Arañas Peludas? Trasládenla hasta la madriguera de Pan, debajo del porche.

—Arañas Peludas dijo que mis hijos eran bulliciosos —recordó Tú Grande.

—Tú Grande dijo que mis hijos apetaban —agregó Pan Fresco.

Más de dos siglos de vida y prácticamente nunca había levantado la voz. Esta era una de esas veces.

—¡AHORA! —ordené, justo cuando se abría la puerta de la casa de Stephen.

Les sorprendería comprobar cuán rápidos pueden ser los mapaches y los zorrinos cuando están motivados.



26

Finalmente, Stephen y su madre abandonaron la búsqueda del misterioso bebé de comadreja. Samar los observaba desde la ventana de la sala, pero no se atrevió a salir.

Después de aproximadamente una hora, Arañas Peludas y Flashlight se despertaron y regresaron a su madriguera con patas vacilantes.

Y eso fue todo. Otra vez.

—No te preocupes —le comenté a Bongo—. La tercera es la vencida.

—¿Qué significa eso?

—Es simplemente algo que dice la gente.

—Sí, y algo que también dice la gente —esbozó una sonrisa desdenosa— es que los colibríes son los pajaritos más hermosos, cuando, seamos sinceros, no son más que moscas con ropa elegante.

—¿Eso crees? —mascullé.

—Sí. ¿Y sabes cómo nos llaman a nosotros cuando estamos en grupo? ¡Un asesinato! Sí, en inglés, ¡es un asesinato de cuervos! Un montón de árboles es un bosquecillo, un montón de peces, un cardumen —Bongo batió las alas—. Pero ¿los cuervos? Nosotros somos un *asesinato*.

—¿Ya terminaste? —pregunté.

—Perdóname. Es que estoy preocupada por ti. Y me pongo cascarrabias cuando estoy preocupada —arrancó una brizna nueva de césped y la arrojó a un lado.

—Tengo un plan más para hacer que Stephen y Samar conversen —señalé.

—¿Qué te parecería un plan para que no te conviertan en una mesa de pícnic?

—No puedo controlar todo lo que sucede en mi vida, Bongo —comenté amablemente—. Y si pudiera, ¿qué gracia tendría? Pero esta pequeña cuestión, este deseo de Samar, puedo hacer que se cumpla —vacilé—. Al menos eso creo.

—No entiendo por qué te importa tanto.

—Ella me recuerda a una niñita que conocí hace mucho tiempo.

—Eres un fisgón —observó Bongo con voz cansada—. Pero igual te quiero.

Me miró con algo parecido a una sonrisa según la versión de un cuervo: el pico abierto, la cabeza ladeada, los ojos resplandecientes.

-¿Y cuál es el Plan Número Tres?





27

Una vez que cayó la noche, envié a Bongo a su siguiente misión.

—Lo único que tienes que hacer es desatar el deseo de Samar —indiqué.

—Ah —exclamó—. ¿Eso es todo?

Bongo voló a la rama más baja donde Samar había atado el trozo de tela rosa a lunares y jaló de él con el pico varias veces.

—Más fácil decirlo que hacerlo —declaró.

—Eres un cuervo, utiliza una herramienta.

Los cuervos son famosos por hacer y usar herramientas. Probablemente sean los pájaros con más cerebro de los alrededores.

—Hum —consideró la propuesta—. Tengo un clip para sujetar papeles en mi colección. Voy a intentarlo.

—No funcionará —predijo Agnes desde su nido.

Creo que, en su fuero íntimo, las lechuzas le tienen un poco de envidia a los cuervos.

Una por una, las cabezas fueron asomando por mis huecos, así como por la madriguera de zorrinos debajo del porche, para observar a Bongo trabajando.

–¿Qué está haciendo, ma? –preguntó uno de los Tús.

–Se llama utilización de herramientas –respondió Tú Grande-. Nada importante.

–Amigos, si no pueden decir algo útil –comenté-, por favor no digan nada.

Bongo regresó con un trocito de metal retorcido.

–Un clip enderezado –explicó-. Lo encontré en el patio de juegos de la escuela.

Con esfuerzo, consiguió deslizar el extremo recto del clip dentro del nudo. Pero no lograba desatarlo.

–Ya... casi... lo tengo –masculló a través de su pico apretado.

–¿Por qué está Bongo haciendo eso? –le preguntó Harold a Agnes.

–Es imposible entender a los cuervos.

–Porque yo se lo pedí –respondí-. Porque es importante para mí.

Con un gruñido de frustración, Bongo dejó caer el clip al suelo.

–Es imposible, Rojo.

—Tal vez sea hora de renunciar a esta idea —anuncié con un suspiro—. No estoy hecho para ayudar. Estoy hecho para quedarme aquí inmóvil. Nada más.

Un viento suave agitó mis hojas. Nadie habló.

—Espera un momento —exclamó Tú Grande—. Tal vez yo sí pueda darte una pata.

—Eres demasiado pesada para esa rama —indicó Agnes.

—Déjala intentarlo —repliqueó.

Con cuidado, Tú Grande se arrastró lentamente hacia la rama donde estaba atado el deseo de Samar.

Era realmente pesada y mi rama se arqueó con su peso, pero me mantuve firme. Forcejeó con el nudo utilizando las dos patas delanteras. En poco tiempo, ya lo había desatado.

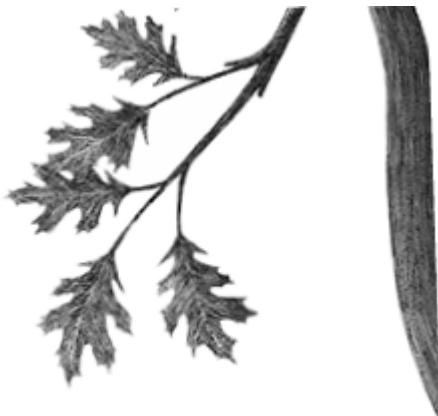
—¡Tarán! —gritó, aferrando la tela con la pata derecha.

—Bueno, yo hice la parte difícil —comentó Bongo enfurruñada.

—Fue un esfuerzo conjunto —afirmé—. Trabajo de equipo. Y les agradezco mucho a ambas.

—Ya tienes el deseo —remarcó Agnes—. ¿Y ahora qué, Rojo?

—Ahora esperamos a que Samar venga a visitarnos —señalé—. Y entonces Bongo hará uso de sus asombrosas habilidades.



28

La luna nos bañaba a todos con una luz fría y azulada mientras esperábamos la ansiada visita nocturna de Samar.

La niña apareció en bata y pantuflas. Sentada en su manta, esperó pacientemente que los bebés se acercaran gateando a verla. Alrededor del cuello, llevaba colgada la cinta con la llave que Bongo le había dado.

–¿Dónde está mi amiga parlanchina? –susurró mientras los Tú hacían volteretas delante de ella. Alzó la mirada hacia mis ramas y me alegré de haberle indicado a Bongo que se escondiera en el techo de Stephen.



Puntualmente, Bongo voló a la ventana del dormitorio de Stephen y se posó en el alféizar, el trozo de tela de Samar colgando de su pico.

Con cuidado, golpeó la ventana.

No sucedió nada.

Yo le había pedido que fuera lo más silenciosa posible. No queríamos que Samar viera lo que estábamos tramando.

Tap, tap, tap. Más fuerte esta vez.

Otra vez nada.

Stephen, aparentemente, era de sueño bastante profundo.

Bongo me miró. Sus ojos decían “¿Y ahora qué?”.

Intentó nuevamente. *TAP, TAP, TAP*

Samar se sorprendió.

–¿Qué fue eso? –preguntó.

Afortunadamente, Harold la distrajo con un intento de volar sobre su brazo. Era más bien una forma torpe de saltar que de volar, y Samar emitió unas risitas graciosas.

Bien hecho, Pequeño Harold, pensé.

Bongo dejó caer el deseo de Samar en el alféizar. *TAP TAP TAP*.

Nada.

Luego se paseó de un lado a otro de la ventana y, a continuación, se quedó inmóvil.

Sus ojos refulgieron bajo la luz de la luna.

Se inclinó cerca del vidrio y ejecutó su mejor sirena de carro de bomberos.

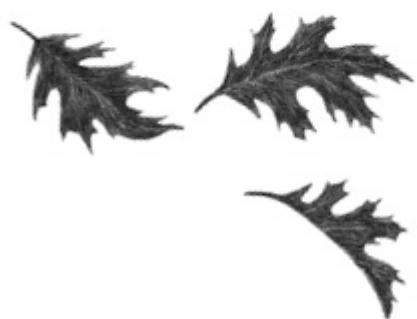
Para cuando la ventana se abrió súbitamente, Bongo ya estaba otra vez en el techo observando el resultado de sus esfuerzos.

Stephen se asomó, se frotó los ojos y vio el retazo en el alféizar de la ventana. El ceño fruncido, lo levantó y lo colocó bajo la luz de la luna para leer las palabras escritas en la tela.

Luego bajó la vista hacia el césped.

Ahí estaba Samar con la vista levantada hacia él, rodeada por una extraña colección de animales bebés.

—Eres genial —dijo Bongo.





29

Cuando Stephen salió sigilosamente por la puerta del frente, llevaba un pijama rojo y un sweater gris. Su cabello castaño estaba desordenado, los ojos, soñolientos. La linterna que llevaba rasgó la oscuridad.

Los bebés se volvieron hacia él y se quedaron congelados, los ojos brillantes como lunitas.

Flash chilló de miedo.

Stephen apagó la linterna y Flash pareció calmarse un poco, aunque le había dado otro ataque de hipo.

—Hola —susurró Stephen.

—Hola —lo saludó Samar con otro susurro.

Extendió la manta y Stephen se sentó junto a ella. Los bebés observaron con interés.

—¿Por qué se acercan a ti? —preguntó Stephen.

—No lo sé.

—Parece magia.

—No —meneó la cabeza—. Es que yo... soy callada. Y eso les gusta.

Bongo bajó volando hasta el hombro de Samar.

—Hola —le dijo a Stephen, imitando la voz de Samar.

—Guau —exclamó—. Es increíble.

—Ayer la escuché imitar el timbre de una puerta.

Stephen lanzó una amplia sonrisa.

—Me dio esta llave —contó Samar levantándola para que él la viera—. No sé de qué es. De un diario o un alhajero, tal vez.

—O de la puerta más pequeña del mundo —bromeó Stephen.

Durante un rato, todos permanecieron en silencio. Hasta los bebés mapaches se quedaron quietos.

Finalmente, Stephen extendió la mano con el deseo de Samar.

—Encontré esto —comentó.

Aun bajo la luz de la luna, el rubor de Samar resultó evidente. Apartó la vista.

—Siento mucho lo de la palabra —dijo el niño en un susurro—. La palabra en el árbol. Nosotros no... Nosotros no fuimos.

Samar asintió.

—Mis padres no son malas personas, solo... tienen miedo de lo que pueda suceder —Stephen se encogió de hombros.

—Los míos también —replicó Samar—. Oí a mi padre hablar de mudarnos... si podemos encontrar un lugar seguro adonde ir —sonrió con tristeza—. Si es que ese lugar existe.

—Lo siento —repitió Stephen.

Los bebés, al sentir que podían confiar en Stephen, comenzaron a pelear y a corretear. Harold y el Tú más pequeño buscaban insectos. Pétalo de Rosa y su hermano, Palomitas de Maíz, se pusieron a jugar a tirar de la cuerda con una larga brizna de césped.

—Los extrañaré —murmuró Samar.

—Espero que no te mudes —murmuró Stephen.

En la casa verde, se encendió una luz.

—Debo irme —anunció—. Si mis padres me ven... debo irme.

—Buenas noches —susurró Samar.

¡Ay, las cosas que quería decirles a esos dos! Quería decirles que la amistad no tiene que ser difícil. Que, a veces, nosotros permitimos que el mundo la torne difícil.

Quería decirles que continuaran hablando.

Quería aportar algo, aunque solo fuera un granito de arena, antes de abandonar este hermoso mundo.

Y entonces lo hice.

Rompí la regla.

—Quédense —exclamé.





30

Los animales me observaron asombrados. Hasta los más pequeños conocían la regla de *No hablar con la gente*.

Bongo voló velozmente hasta mi rama más alta.

—¡Rojo! —lanzó un grito entrecortado—. No puedes...

—Sí que puedo —afirmé—. Además, no tengo nada que perder.

—Pero...

—Como estaba diciendo —regresé mi atención a Stephen y Samar.

Los dos niños me miraban fijamente, la boca abierta, los ojos grandes, tan inmóviles como Flash había estado hacía poco tiempo.

—Estamos soñando —murmuró Stephen—. ¿Verdad?

—¿Al mismo tiempo? —preguntó Samar—. ¿Es eso posible?

—Pellízcame.

Samar lo hizo.

—Eso lo sentí claramente.

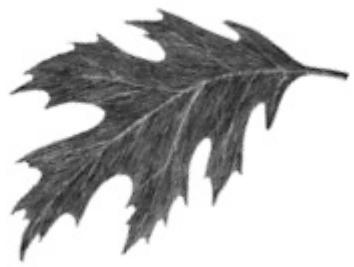
—Tal vez fue un pellizco soñado —sugirió Samar.

—Discúlpennme —los interrumpí—. Tengo doscientos dieciséis anillos de sabiduría que transmitir. Y poco tiempo.

Stephen buscó la mano de Samar.

—Si es un sueño —señaló—, al menos es genial.

Y entonces comencé.





31

No fui siempre un árbol de los deseos.

Sucedió en 1848, mucho antes de que estuviera rodeado de cemento y de autos, cuando solo tenía unas pocas décadas de vida: era todavía un jovencito, según los parámetros de los robles rojos. Ya no era un desgarbado retoño, era fuerte y sólido, pero no fijado a la tierra como estoy ahora.

Era una época, como muchas otras, en que gente hambrienta y desesperada zarpaba en barcos abarrotados para establecerse en estas tierras. Muchos de ellos terminaron, como siempre parecía ocurrir, en mi vecindario. En ese entonces, la casa azul y la casa verde eran color café, y estaban rebosantes de nuevos residentes.

A veces, los recién llegados eran bienvenidos. A veces, no. Pero igual venían, deseosos y esperanzados, como suele venir la gente.

Entre nuestros nuevos residentes, había una jovencita irlandesa llamada Maeve. Había atravesado el Atlántico

con su hermano de diecinueve años, que había muerto de disentería durante el viaje. Su madre había fallecido poco después de nacer Maeve; su padre, cuando los niños tenían nueve y doce años.

Maeve era de constitución fuerte y aspecto común, pero cuando sonreía era como el sol asomándose a través de las nubes. Tenía una risa profunda y su cabello era tan intensamente rojo como mi mejor atavío invernal.

Dieciséis años, sola y sin un peso, Maeve compartió una minúscula habitación con otros cinco inmigrantes. Trabajaba día y noche limpiando, cocinando y haciendo lo que pudiera para mantenerse viva.

Pronto descubrió que tenía una capacidad especial para ocuparse de los enfermos. No tenía conocimientos especiales ni remedios secretos. Pero era amable y paciente, y sabía refrescar una frente febril con un trapo frío tan bien como cualquiera. Lo que no sabía, estaba dispuesta a aprenderlo.

Con el transcurso del tiempo, corrió la voz de las habilidades de Maeve. La gente le llevaba sus lechoncitos enfermos y sus caballos cojos, sus hijos resfriados y sus bebés fastidiosos. Siempre les explicaba que no estaba segura de poder ayudar. Pero como la gente del barrio era demasiado pobre para ir a un doctor, recurría a ella.

Y como la gente creía que ella podía ayudarla a ponerse mejor, Maeve trataba de estar a la altura de sus expectativas.

Cuando tenía éxito, e incluso cuando no lo tenía, los pacientes le dejaban pequeñas muestras de

agradecimiento: una figurita tallada de un pájaro, una horquilla para el pelo, media hogaza de pan. Una vez, alguien le dejó un diario con cubiertas de cuero y una diminuta llavecita de plata para abrir el candado.

Cuando Maeve estaba fuera de su casa atendiendo a algún enfermo, las personas comenzaron a dejarle sus agradecimientos en mi hueco más bajo. Todavía era una herida reciente, que solo llevaba curada dos estaciones. Pero como se hallaba enfrente de la casa donde Maeve se hospedaba y no estaba en la calle, era un lugar seguro para dejar un regalo de agradecimiento.

Ahí fue cuando descubrí que los huecos podían ser buenos para las personas y no solo para los pájaros y los animales.

Poco imaginaba yo cuán buenos habrían de llegar a ser.



32

Los años transcurrieron y Maeve se volvió tan unida al vecindario como yo, mientras los recién llegados de otras tierras agregaban su música, su comida y su idioma a nuestra pequeña parte del mundo. Sin importar de donde fueran, Maeve se preocupaba por ellos lo mejor que podía.

Yo crecí y me volví más resistente, mis miembros más flexibles y mi sombra más larga. Se me unieron más árboles y arbustos, pero había suficiente sol para todos y nunca nos faltó agua.

Para entonces, ya había alojado a muchas familias, especialmente de ratones y ardillas rayadas. Mi confidente más cercano era una ardilla joven de color gris, llamada Bellota. (Todos los nombres de las ardillas tienen que ver con sus alimentos preferidos).

Bellota le tenía un cariño especial a Maeve, que a menudo alimentaba a la ardillita con las sobras de su comida.



En privado, Bellota y yo estábamos preocupados por Maeve. A lo largo del camino, había tenido uno o dos pretendientes, pero esos coqueteos no terminaron en nada serio. Tenía amigos en abundancia y trabajaba esforzadamente de la mañana a la noche. Aun así, parecía sentirse sola. A veces, se sentaba en los escalones del porche, miraba pasar a las familias felices y sus ojos se inundaban de lágrimas. De noche, se paraba frente a una ventana abierta del piso de arriba y sus suspiros nos llegaban flotando con la brisa, melancólicos como el canto de una torcaza.

A menudo, se sentaba al pie de mi tronco y escribía en su diario. De vez en cuando, leía pasajes en voz alta. Hablaba de la campiña irlandesa desvaneciéndose entre niebla. Hablaba de la familia que había perdido. Hablaba de sus deseos, temores y anhelos secretos. Tenía amor para dar y nadie a quién dárselo.

Maeve adoraba las primeras horas del día, cuando el mundo estaba inmerso en la neblina y el sol todavía era una promesa. Se apoyaba contra mi tronco, cerraba los ojos y tarareaba una melodía de su infancia.

Un amanecer, el primer día de mayo, Maeve se acercó a mí. Para mi sorpresa, se estiró hasta mi rama más baja y ató suavemente un trozo de tela con rayas azules con un meticuloso nudo.

—Deseo —susurró— tener a alguien a quien amar con todo mi corazón.

Ese fue mi primer deseo.

Y el comienzo de muchos más.





33

Con el transcurso de las semanas, el trozo de tela colgado de mi rama despertó muchos comentarios.

Algunas de las personas de nuestro vecindario, los de Irlanda, asentían comprensivamente y sonreían. A ellas, Maeve les decía con su voz musical:

—Ese es mi árbol de trapos. No será un acebo, pero servirá perfectamente bien.

Algunas personas que habían venido de otras tierras miraban el trapo con el ceño fruncido y se estiraban para quitarlo. Maeve les advertía:

—No se atrevan a tocar mi deseo en el árbol —y, pacientemente, una y otra vez, les explicaba que, en su antiguo hogar, dejar deseos en un árbol de trapos era una costumbre de larga tradición.

De vez en cuando, la gente le preguntaba cuál era su deseo y ella les contaba la verdad, con un suspiro y una sonrisa irónica:

—Poca cosa. Solamente alguien a quien amar con todo mi corazón. Muy poca cosa.

A veces, la gente se reía. A veces, ponía los ojos en blanco.

—Un deseo en un trozo de tela no te traerá amor, tesoro —le decían.

Pero, en general, la gente le ofrecía una amable sonrisa, un apretón en el brazo y un gesto de complicidad.

Y luego, ellos también le preguntaban si podían agregar su propio deseo.



34

Transcurrió un año más. Cuando mayo estaba cerca, me encontré albergando más trozos de tela que hojas nuevas. Bellota intentó robar varios retazos para forrar su nido hecho de hojas y ramitas, que estaba en una de mis ramas altas y bifurcadas. Le expliqué que, hasta el primer día de mayo, tendría que limitarse al musgo y a las pinocchas. Los deseos, según Maeve, no se podían tocar hasta después del primero de mayo. Luego, aquellos que no los llevara el viento ni cayeran al suelo por la lluvia, podrían ser quitados por la gente... o por ardillas emprendedoras.

Sospecho que inventó esa regla para beneficiarme, para que yo pudiera crecer libre y sin el peso de trapos mojados que me tiraran hacia abajo.

Justo antes del amanecer del primero de mayo, una joven se acercó a mí. Tenía cabello oscuro y ondeado, y llevaba un raído abrigo gris. En sus brazos, había un bulto envuelto en telas.

—Pss —susurró Bellota—. Aquí viene otro deseo, Rojo.

Pero Bellota estaba equivocada: no había ningún deseo.

Velozmente pero con mucho cuidado, la muchacha ubicó el bulto en mi hueco.

Un agradecimiento para Maeve, imaginé. Una hogaza de pan, quizá. Probablemente la chica había sido una de sus pacientes.

Se marchó tan rápido como había venido.

Como un colibrí, pensé, se esfumó en un segundo.

Como una ráfaga de viento.



35

Unos pocos minutos después, Maeve abrió la puerta de la casita café. Me sonrió a mí y a los trozos de tela que ondeaban en la brisa de las primeras horas del día.

Y luego vino el llanto. Un gemido, más bien.

Que venía de... mí.

No era el moderado gorjeo de un pichón de chochín ni el tímido chillido de un ratoncito. No: era un llanto de justificada indignación.

Era un bebé humano.





36

La bebé tenía una nota pegada a la manta. Con voz vacilante, Maeve trató de leerla en voz alta.

—Italiano —murmuró.

Más tarde, al consultar a uno de sus pacientes, logró finalmente entender el significado:

Por favor, cuídala pues yo no puedo hacerlo.

Les deseo a las dos una vida de amor.

Su cabello era negro. El de Maeve era rojo.

Sus ojos eran castaños. Los de Maeve eran azules.

La bebé era italiana. Maeve era irlandesa.

Estaban hechas la una para la otra.

Maeve le puso de nombre Amadora, que en italiano significa “el regalo del amor”.





37

Mucha gente del barrio no aprobó que una mujer irlandesa soltera criara a una beba italiana abandonada. La gente habló, como es su costumbre, y chasqueó la lengua en señal de desaprobación, como es su obligación.

Algunas personas dijeron cosas hirientes.

Le dijeron a Maeve que Amadora no pertenecía a ese lugar.

Le dijeron a Maeve que ella y su hija debían marcharse.

Maeve simplemente sonreía, aferraba a Amadora y no perdía la esperanza.

En las noches oscuras, cuando la esperanza era escasa, cantaba una vieja tonada irlandesa que había aprendido de un vecino. La melodía era dulce. Las palabras eran tontas. El resultado era siempre el mismo: una sonrisa de la pequeña Ama.

Y, en efecto, cuanto más esperó Maeve, más amable se volvió la gente. Y en poco tiempo, Ama, como terminaron

llamándola, era parte de nuestro caótico jardín como el resto de nosotros.

Cuando Ama fue lo suficientemente grande como para alimentar a Bellota y a su familia, lo hizo. Cuando fue lo suficientemente fuerte como para treparme, lo hizo. Y cuando estuvo lista para pedir sus propios deseos, lo hizo.

Ama se convirtió en una chica constante, honesta y amable como su madre, y tuvo hijos propios, luego nietos y bisnietos. Finalmente, Ama y su marido compraron la casita café y la que estaba justo al lado, y las pintaron de azul y de verde. Años más tarde, adquirieron una casa al otro lado de la calle y comenzaron a alquilar la casa azul y la casa verde a otras familias.

La familia creció, progresó, discutió, se equivocó, amó y rió.

Por siempre, la risa los hizo salir adelante.

Y cuando el nieto de Ama tuvo una niñita, le eligió un bello nombre italiano y un bello segundo nombre irlandés: Francesca Maeve.





38

Y en cuanto a mí, mi reputación creció.

¿Acaso el deseo de Maeve no se había cumplido en el corazón de un árbol de los deseos?

¿No significaba eso que todo era posible?

Claro que, como Bellota a menudo me recordaba, yo no tuve nada que ver con lo sucedido.

—Esto no es un cuento de hadas, Rojo —repetía.

Pero la gente está llena de anhelos y, década tras década, los deseos siguen apareciendo atados a mis ramas.

Han sido una bendición y una carga, todos esos deseos, todos esos años.

Pero todos necesitan tener esperanza.





39

Finalmente, dejé de hablar.

Una vez que las palabras comenzaron a brotar de mi boca, había sido como tratar de detener al viento.

En el silencio que sobrevino, sentí como si el mundo entero estuviera conteniendo la respiración.

Había roto la regla.

Stephen y Samar continuaban observándome con la boca abierta. Parecían estar tan pegados al suelo como yo. Ninguno de los dos había emitido un solo sonido mientras yo relataba la historia.

La puerta de la casa de Stephen se abrió.

–¿Stephen? –lo llamó su padre–. ¿Qué rayos estás haciendo, jovencito?

El niño se puso de pie de un salto.

–Yo... ya voy, papá. Hum... buenas noches, Samar.

–Buenas noches, Stephen.

Salió corriendo hacia el porche, pero se detuvo a mitad de camino. Se dio vuelta y me miró.

—¿Gracias? —soltó con voz incrédula, con el mismo tono que podría haber utilizado si Bongo le hubiera hecho panqueques.

La puerta se cerró con fuerza detrás de él.

Samar se quedó quieta, apretando la manta contra el pecho.

—Sé que debo estar soñando —murmuró.

Se dirigió a su propio porche y abrió sigilosamente la puerta.

—Deseo —agregó con una sonrisa— no tener que despertarme.



40

Casi de inmediato, me arrepentí de lo que había hecho.

Había roto la regla, la más importante.

Había hablado con la gente en forma deliberada.

Y no habían sido unas pocas palabras. Había sido una catarata de palabras.

Yo no era como la rana del buzón. No había roto la regla accidentalmente.

Había roto la regla porque quería algo. Quería involucrarme. Quería hacer algo valioso antes de morir.

Lo había hecho por mí.

Una vez que los aturdidos bebés y sus igualmente aturdidos padres estuvieron cómodos y seguros en sus cuevas, confesé mis sentimientos a Bongo.

Esperaba que me gritara.

Bongo es buena gritando.

Extremadamente buena.

Hasta se podría decir que tiene un don especial.

—¿Por qué lo hice, Bongo? —murmuré—. ¿*Por qué?*

Voló al Home Plate y acarició mi corteza rugosa con su brillosa cabeza.

—Lo hiciste, mi *Árbol viejo y sabio*, porque tenías una historia que contar.

—Fue una estupidez —comenté—. Y se supone que no debería ser estúpido.

—No fuiste estúpido —repuso Bongo—. Solo algo optimista. Y todos necesitan tener esperanza, Rojo. Hasta los árboles viejos y sabios.





41

La mañana despertó lentamente, cargada de nubes. Una lluvia ligera había caído justo antes del amanecer, aliviando mis hojas y tal vez mi humor.

Curiosamente, el suelo parecía empapado. La primavera siempre era muy cenagosa, por supuesto, pero esto era algo inusual. Mañana, sería un caótico Día de los Deseos.

Se aproximó un madrugador caballero con un bastón de bambú. Se detuvo para sujetar un trocito de papel azul a mi rama más baja con un cordel. No pidió su deseo en voz alta, de modo que no pude enterarme de qué se trataba. Pero tenía una sonrisa satisfecha al atravesar con cuidado el césped mojado.

Sin lugar a dudas, hoy llegarían más deseos. Mucha gente venía temprano para encontrar un lugar al que fuera fácil llegar.

Probablemente, este sería mi último Día de los Deseos. ¿Cómo podía ser que el primero, aquel día lejano con Maeve, todavía pareciera tan reciente en mi corazón como

la conversación con Stephen y Samar de la noche anterior?

Un auto disminuyó la velocidad hasta detenerse cerca del borde de la acera. Vi un brazo, un movimiento difuso y luego –*plaf*– algo golpeó contra mi tronco.

Plaf. Plaf. Dos veces más, y después el automóvil se alejó con un rugido del motor y un chirrido de neumáticos.

Bongo fue el primero en realizar un informe de los daños.

–Huevos –declaró–. Imagino que no dolió.

–No sentí nada –respondí.

Pan Fresco, Arañas Peludas y Tú Grande salieron al exterior para examinar la situación.

Tú Grande se deslizó por debajo de la cinta de la policía y lamió una de las yemas que chorreaba por mi tronco.

–Mmm –murmuró–. Crudos. Exactamente como me gustan.

–Ey, Grande, hay que compartir –espetó Arañas Peludas mientras ella y Pan se acercaban al lugar del hecho.

Agnes las observó desde la rama donde estaba posada.

–Yo preferiría un ratoncito bebé, retorciéndose nerviosamente –señaló–. Es todo suyo, señoras.

–Qué agradable sorpresa –exclamó Tú Grande mientras sorbía ruidosamente.

—Esto no es agradable —comentó Bongo—. Es gente actuando de la peor manera.

—Aun así —argumentó Arañas Peludas lamiéndose las patas—, sería una pena dejar que estos huevos perfectamente buenos se echen a perder. La maldad de una criatura es el aperitivo de otra.

Tú Grande emitió un eructo de satisfacción y los animales regresaron a toda prisa a sus hogares.

La puerta de la casa de Stephen se abrió. El niño salió, caminó hasta mí, vio las cáscaras de huevo desparramadas como piezas de rompecabezas y frunció el ceño.

Samar llegó después, una mochila colgada en el hombro y libros apretados contra el pecho. Saltó por arriba de un charco enlodado y se acercó a Stephen.

—Idiotas —masculló, señalando los restos—. Lo siento, Samar...

Pero la niña levantó la mano.

—Stephen —dijo en voz baja—. Anoche.

El niño asintió levemente, los ojos clavados en mí.

—Anoche —repitió, como si estuvieran hablando en código.

—El árbol.

—El árbol.

—¿Escuchaste lo que yo escuché? —preguntó Samar.

—Sí.

Samar miró a Stephen a los ojos.

–¿Escuchaste... al árbol?

–Escuché al árbol.

Samar asintió levemente.

–¿Entonces fue, tal vez, un truco? ¿Alguien nos estaba haciendo una broma?

–O tal vez los dos somos sonámbulos y estábamos dormidos al mismo tiempo –sugirió Stephen y asintió como tratando de convencerse a sí mismo–. Sí, sonámbulos.

–¿Ya te había pasado antes?

–No, pero para todo hay una primera vez.

Se quedaron callados y me miraron expectantes, deseando que hablara. Al menos eso fue lo que me pareció.

Permanecí en silencio. Ya había dicho lo que tenía que decir y estaba arrepentido.

–Stephen –murmuró Samar–. Pase lo que pase, no le podemos contar a nadie acerca de esto. ¿Trato?

–Trato.

–Jamás.

–Jamás.

Samar suspiró.

–La gente diría que estamos locos.

–Y probablemente tendría razón –dijo Stephen.

Samar apuntó el mentón hacia mí.

–¿Árbol? ¿Tienes algo que agregar?

No dije una sola palabra.

Samar y Stephen compartieron una sonrisa.

–Pensé que valía la pena probar –comentó ella.

Y se dirigieron juntos a la escuela.

El padre de Stephen salió al porche, una taza de café en la mano. Vio a Stephen y a Samar, y frunció el ceño.

Un momento después, la madre de Samar salió de la casa azul, tintineando las llaves, un portafolio colgado del hombro. Siguió la mirada de su vecino.

Ambos padres observaron en silencio hasta que Stephen y Samar, uno al lado del otro, se perdieron de vista.





42

No tuve mucho tiempo para reflexionar acerca de mi error. Con el transcurrir de las horas, tuvimos un constante flujo de visitantes.

Los pedidores de deseos de siempre vinieron a lo largo del día. Una niñita que quería veinte hámsteres. El frutero de la esquina, que esperaba un verano de dulces melocotones. Lo usual.

Regresó la reportera local. Espió algunos de los nuevos deseos que colgaban de mis ramas y tomó una foto de las cáscaras de huevo estampadas en el tronco.

Sandy y Max vinieron a quitar la cinta de policía que me rodeaba. Francesca se unió a ellos. Hoy tenía a Lewis y a Clark sujetos con delgadas correas de cuero y arneses vergonzosamente brillantes.

Francesca analizó el tema de los huevos rotos con Sandy y Max mientras Lewis y Clark zigzagueaban alrededor de sus piernas.

—Más tarde vendrá una empresa que tala árboles para hacer un presupuesto —comentó.

—¿De modo que ya está decidida a talarlo? —preguntó Sandy, en lo que a mí me agradó pensar que era un tono de decepción.

—Sí. Sin ninguna duda. ¿Ve todo ese barro? ¿Toda el agua del jardín? —Francesca señaló el césped mojado—. El plomero me dijo que este condenado árbol está tapando algunas cañerías. Una mínima lluvia y el jardín se convierte en un gigantesco charco de lodo.

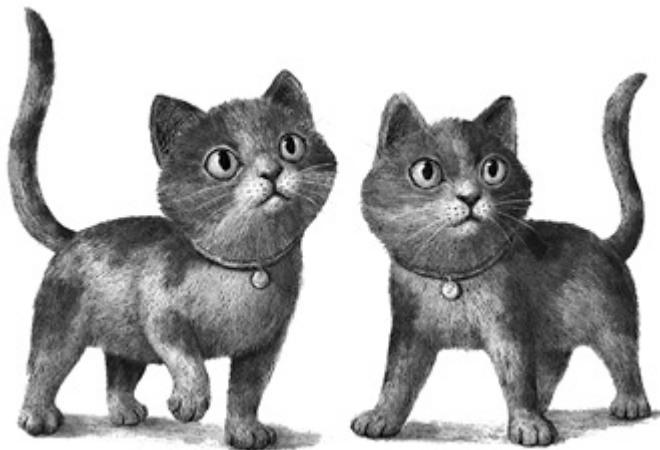
—Aun así, mucha gente lamentará que desaparezca —observó Max. Se estiró hacia la correa de Clark e intentó liberar las piernas de Francesca.

—Lo sé. Es un buen árbol. Pero los trabajos de plomería no se pagan con sentimentalismos.

Sandy sujetó a Lewis mientras Francesca intentaba desenredarse de las correas.

—¿Y qué pasará con los animales y los pájaros que viven en el árbol? —preguntó.

—Ah, ahí es donde usaré mi ingenio —explicó Francesca—. Todos los años, en el Día de los Deseos, las comadrejas, las lechuzas y demás animales evacúan el lugar. Es de lo más extraño. Es como si supieran lo que se acerca —saltó por encima de la maraña de correas—. Supongo que no les agrada que los molesten. De cualquier manera, espero que los hombres vengan mañana de tardecita. Para entonces, la mayor parte de las peticiones se habrán terminado.



—¿Qué hará con todos los deseos? —preguntó Sandy.

—Arrojarlos a la basura cuando nadie esté mirando. Es lo que hago todos los años. Igual toda la cuestión no es más que una tontería.

Max y Sandy me echaron una mirada compasiva.

—Lo sé. Lo sé. No tengo ni una gota de sentimentalismo en mis venas —Francesca hizo una pausa para dirigirse a los gatos, que jalaban de ella en direcciones opuestas—. Si los perros pueden hacer esto, ¿por qué les resulta tan difícil a ustedes dos?

Volvió su atención a los policías.

—Pero ya es tiempo de hacerlo. Es tiempo más que suficiente.

—Bueno, nos daremos una vuelta mañana para vigilar cómo va todo. No tenemos ninguna pista de la persona que escribió esa palabra. Pero por los huevos, y como la gente suele irritarse, y con lo de la tala... —Sandy se encogió de hombros—. No está de más que vigilemos un poco.

—Gracias —repuso Francesca—. No es necesario, pero se lo agradezco.

Lewis y Clark distinguieron la figura de Bongo y dispararon hacia mi tronco.

—¡Deténganse, alocados felinos! —gritó Francesca, jalando de las correas.

Los gatos le lanzaron un bufido, Bongo extendió las alas amenazadoramente y soltó su graznido más feroz.

Lewis y Clark se retiraron a la seguridad de los brazos de Francesca. Una vez más, ella era una maraña de gatos y correas.

Sandy sonrió.

—Francesca, tal vez sea mejor que mañana deje a los gatos en su casa.





43

Esa tarde, conocí a mis verdugos.

Al no tener dientes, nunca entendí bien el miedo que la gente les tiene a los dentistas. (Escuché sin querer conversaciones donde se usaban términos como “conducto radicular” o “cavidad bucal”, pero en el mundo arbóreo, esas palabras tienen distinto significado).

Después de ver a los tres taladores de árboles y a sus herramientas, lo entendí.

Cuando aparece una camioneta con poderosas motosierras junto con algo que inquietantemente se denomina trituradora de troncos, bueno, comprendes que estás en problemas.

Les recuerdo que un arborista es un gran amigo de los árboles. Nosotros necesitamos que nos corten las ramas igual que ustedes necesitan cortarse las uñas y el cabello, aunque para nosotros es una o dos veces al año y se llama poda. Siempre me siento especialmente elegante después de una buena poda.

Pero la poda se realiza con herramientas especiales que parecen tijeras gigantes o con una pequeña sierra colocada sobre un caño largo. Las trituradoras no forman parte de la tarea.

Tampoco resultó de gran ayuda que tres hombres con cascós anaranjados se dirigieran a la puerta de Francesca y anunciaran que eran de la empresa Eliminadores de Árboles.

—Iré a hacer una deposición sobre esos estúpidos cascós —masculló Bongo.

—No, Bongo —repuse, aunque la idea era tentadora—. Esperemos a ver qué es lo que realmente pasa. Tal vez están aquí solo para hacer algo de poda.

—No cabe duda de que *eres* un optimista.

Francesca se acercó a los hombres —esta vez, sin Lewis y Clark— y discutieron costos y cuándo sería el mejor momento de hacerlo.

Así es. Hablaron de cortarme mientras disfrutaban de la sombra de mis hermosas ramas.

Eso sí que es una perfecta demostración de insensibilidad.

Uno de los hombres —que se presentó como Dave— trepó a una escalera para examinar mis huecos. Agnes, Arañas Peludas y Tú Grande lo observaron con cautela, listas para defender a sus crías.

—Acá tiene unos animalitos, doña —informó.

—Sí, sí, lo sé —respondió Francesca—. Aparecen puntualmente todos los años.

Bongo voló hasta un lugar cerca de Agnes.

—Solo deposito una vez —masculló por lo bajo—. Es lo único que pido.

—En situaciones como esta, generalmente recomendamos talar al final del otoño. De esa manera, es menos probable que molestemos a los nidos que pueda haber.

—Eso ya lo tengo pensado —asintió Francesca, las manos en la cadera—. Los animales y los pájaros salen disparando de aquí todos los primeros de mayo. Ya saben, por el Día de los Deseos.

Dave se rascó su barba incipiente.

—¿El Día de los Deseos?

—La gente pide deseos y los pone en el árbol. A los animales y a los pájaros no les gusta todo ese ruido. Si pudieran hacerlo mañana por la tarde, sería el momento más oportuno. ¿Trabajan los sábados?

—Seguro —Dave meneó la cabeza de un lado a otro—. El Día de los Deseos —murmuró—. Y yo pensaba que lo había oído todo.

Francesca asintió y dio unas palmadas en mi tronco.

—Sí. Una locura. No puedo creer que lo haya soportado tanto tiempo.





44

Después del atardecer, Francesca se dio una vuelta por la casa azul y la casa verde.

Mis casas.

Una con puerta negra. Una con puerta café.

Una con buzón amarillo. Una con buzón rojo.

Llamó a las dos puertas y explicó qué pensaba hacer conmigo.

Las dos parejas dijeron que comprendían. Lamentarían que yo desapareciera, pero sería un alivio que se terminara el Día de los Deseos. Y mi ausencia implicaría más sol en las salas y menos bellotas en el suelo.

—Suficiente. Al menos déjame hacer una deposición sobre los padres —gruñó Bongo—. ¡Más sol! ¡Qué descaro! ¿Y no pensaron que habrá menos oxígeno? ¿Menos belleza?

—Gracias por defenderme, Bongo —dije—. Pero no hagas ninguna deposición.

Samar y Stephen no fueron tan comprensivos.

Salieron corriendo detrás de Francesca, mientras ella cruzaba el césped. Samar jaló de su sweater.

—Tiene que escucharnos —exclamó—. No puede derribar el árbol.

—¿No puedo? —inquirió Francesca—. ¿Y por qué, querida?

—Porque —respondió Stephen, jadeando—, está *vivo*.

—Soy muy consciente de eso —afirmó Francesca—. Es una característica común de los árboles.

Se detuvo y observó la cinta alrededor del cuello de Samar.

—Yo conozco esa llave —señaló—. Y reconozco, también, la cinta.

—Un cuervo me la dio.

—No me digas. Pájaros inteligentes, los cuervos.

Samar deslizó la cinta por la cabeza y le extendió la llave a Francesca.

—Oh, no. No quiero esa cosa vieja —exclamó devolviéndosela—. Puedes quedarte con ella. Solo me hizo recordar... No es importante. Es de un diario. Mi tatarabuela Maeve escribió un diario después de mudarse aquí.

—¿De modo que es de ahí? —preguntó Samar.

—¿Dónde está? —inquirió Stephen—. ¿El diario?

—En el desván, tal vez. O, no. Probablemente esté en el cobertizo, detrás de la casa de Samar. Hay muchas cosas viejas de la familia guardadas allí dentro —esbozó una

sonrisa sarcástica-. Aunque tal vez ya todo desapareció bajo el agua. El jardín trasero está muy mojado en este momento. Que, por cierto, es una de las razones por las cuales ya es hora de que este árbol se despida.

Samar se secó las lágrimas.

—Usted no entiende. Este árbol... es casi humano.

—Qué dulce —Francesca le dio unas palmaditas en la cabeza-. Pero, querida, es simplemente un árbol —alzó los hombros-. Ahora debo alimentar a Lewis y a Clark. Desde aquí puedo escuchar cómo se quejan. Y mañana me espera un día muy atareado.

Cuando se movió para marcharse, Stephen se colocó delante de ella.

—Antes de irse —pidió con voz firme—, preste atención.

Se volvió hacia mí.

—Di algo —indicó.

—Por favor, árbol —rogó Samar.

Permanecí en silencio.

¿Qué más quedaba por decir?

Francesca paseó la mirada de Stephen a Samar y luego volvió a posarse en Stephen.

—Chicos —dijo—, esos video-juegos que tanto les gustan quizá les hayan confundido el cerebro.

—Habla, árbol —disparó Stephen.

Silencio.

—Él *puede* hablar —Samar le explicó a Francesca—. Con palabras reales. Nos contó una historia de Maeve.

Solo por un segundo, Francesca vaciló y me miró.

—Lo dicen metafóricamente, por supuesto. El árbol parece que te habla. Las hojas susurran y esas cosas.

—Nos contó lo del hueco. Y de la beba.

Francesca parpadeó.

—La beba.

—Sí —insistió Samar—. La beba abandonada.

Francesca se detuvo otra vez.

—Claro, yo ya conté antes esa historia familiar. Probablemente la escucharon de algún vecino.

Stephen negó con la cabeza.

—La escuchamos del árbol.

—Santo cielo —exclamó Francesca y agitó una mano delante de su rostro—. Me están agotando, ustedes dos. Estoy tan contenta de que mis días de madre ya hayan quedado atrás. Escúchenme. Vayan a dormir. ¿Entienden? O vayan al psicólogo.

Tan rápido como pudo, se abrió paso por el césped, los zapatos cubiertos de lodo.

—¿Francesca? —gritó Stephen.

—Es solamente un árbol, queridos. Repitan conmigo: es solamente un árbol.

—Me estaba preguntando si podíamos buscar ese diario.

La mujer echó una mirada por encima del hombro.

–¿El diario de Maeve? Adelante. Si es que ya no está debajo del agua –levantó las palmas de las manos–. Pero ya basta de... de esas locuras con los árboles. ¿Me oyeron?

Cuando Francesca ya estaba dentro de su casa, Stephen y Samar me miraron acusadoramente.

–¿Por qué no hablaste? –reclamó Samar.

Porque era una estupidez.

Porque no debía hacerlo.

Porque no.

Con aspecto derrotado, Stephen y Samar se alejaron fatigosamente. No habían caminado mucho cuando Samar se detuvo y volteó hacia Stephen.

–Hoy sucedió algo –comentó–. En la escuela, todos se comportaban de manera... extraña. Hablaban de mí, susurraban. Hasta se pasaban notas –entornó los ojos–. Tú no le contaste a nadie, ¿verdad? ¿Sobre lo que ocurrió anoche?

–Por supuesto que no.

–¿Entonces me preguntó qué estará pasando?

–Seguramente estás imaginando cosas.

–No lo creo. Digo, estoy acostumbrada a que la gente hable de mí, que sea mala. Pero esto era distinto.

–Las cosas no son siempre lo que parecen –sonrió Stephen con simpatía–. Vamos. Examinemos ese cobertizo.

Los observé alejarse hacia el jardín trasero de Samar.
Hablaban. Reían. Se estaban haciendo amigos, quizás.

Después de todo, tal vez yo no había sido tan estúpido.





45

Los árboles no duermen, como lo hacen las personas
y los animales.

Pero sí descansamos.

Lamentablemente, esa noche el descanso me rehuyó.

Estaba lleno de preguntas acerca del día venidero, por supuesto.

Pero, por encima de todo, no quería perderme un instante de la poca vida que me quedaba.

Quería llenarme de estrellas.

Quería sentir las alas rizadas de las lechuzas.

Quería extender mis raíces un poquito más lejos antes de que terminara la noche.

Quería disfrutar de una silenciosa meditación acerca de la vida, el amor y lo que ellos significaban.

Quería filosofar.

—Estuve pensando —le comenté a Bongo—. No tiene sentido que me preocupe por mañana, pues llegará pronto.

—Rojo —me advirtió Bongo.

—¿Suena demasiado a discurso de *Árbol viejo y sabio*?

Se quedó quieta y me miró durante un largo rato.

—Nunca —respondió—. Nunca es demasiado.

Mi amiga se instaló en el Home Plate. El mundo estaba en silencio y en calma.

—¿Quieres escuchar un chiste de árboles? —pregunté.

—¿Es gracioso?

—Probablemente no —admití.

—Entonces probablemente no.

—¿Qué le dijo un árbol a otro?

—Ni idea. ¿Qué?

—Nos dejaron plantados —respondí—. Ya sabes, como...

—Rojo —interrumpió Bongo—. Como siempre, no hace falta explicarlo.

Después de eso, no hablamos mucho más. Me di cuenta de que no necesitaba hablar demasiado acerca de la vida, del amor y lo que ellos significaban.

Era suficiente con observar el cielo salpicado de estrellas, oler la tierra dulce y mojada, escuchar los latidos del corazón de los pequeñitos a los que podía proteger, al menos por una noche más.



46

El sábado amaneció claro y fresco. Aun antes de que el sol mostrara su rostro, los animales y las lechuzas abandonaron la seguridad de mis ramas.

Todas las familias habían encontrado un nuevo hogar en árboles cercanos en la misma manzana y los zorrinos permanecerían debajo del porche. Me hizo feliz saber que todos se quedarían en el vecindario.

Uno por uno restregó su nariz contra mi tronco y me dijeron adiós en un susurro. Los bebés resoplaron, especialmente Harold, Pétalo de Rosa y Flashlight. Los padres intentaron poner caras de valentía, pero sus voces temblorosas los delataron.

El momento fue horrible. Pero me puso contento que terminara pronto.

Siempre odié las despedidas.

Bongo, por su lado, insistió en quedarse conmigo hasta el amargo final.

Ya había aprendido a no discutir con ella.

Antes de las seis de la mañana, Stephen y Samar estaban sentados en el porche de la casa azul.

Antes de las siete, Max y Sandy ya habían llegado. Estacionaron del otro lado de la calle y permanecieron en el patrullero bebiendo café y comiendo donuts.

Antes de las ocho, ya habían llegado tres reporteros locales, armados con micrófonos y equipos sofisticados. Grabaron un video de la palabra “FUERA”. Hablaron de su significado, de cómo había cambiado el ambiente de un vecindario.

También hablaron de mí, el infortunado árbol de los deseos.

No me agradó la palabra “infortunado”.

Pero tuve que admitir que el informe era exacto.

Francesca vino a las 8.30 con una taza de té y arrastrando una escalerita de madera, la que colocaba todos los años para los pedidores de deseos. Se fue a su casa y regresó de inmediato con Lewis y Clark con sus pequeñas correas.

Los gatitos no se mostraron dispuestos a cooperar.

Y luego comenzaron los deseos.

Una niñita en los hombros del padre para llegar más alto.

Una mujer anciana ayudada por dos jovencitas.

Un vecino tras otro, muchos de los cuales yo había visto pasar a lo largo de los años.

Un deseo tras otro.

Algunos en trozos coloridos de tela.

Muchos en papel, atados con una cinta o un cordel.

Varios calcetines.

Dos camisetas.

Y ropa interior.

Al principio, las personas llegaron en grupos pequeños, o de a una. Pero después algo cambió. El goteo de gente se convirtió en un diluvio.

Muchos eran niños de la escuela primaria. Pero también había padres y maestros.

Una decena de chicos. Cincuenta. Cien o más.

Cada persona parecía traer una tarjeta. Cada tarjeta tenía un agujero perforado, con un trozo de cuerda pasado por el agujero.

Stephen chocó los cinco con muchos de ellos; abrazó al director; saludó a su maestro.

Samar permanecía sentada en los escalones con sus padres, una expresión inquisitiva en la mirada.

Uno por uno, los niños ataron los deseos en mis ramas. El director, el vicedirector, el portero, los maestros, todos ayudaban.

Mis ramas nunca habían estado tan cargadas.

Mi corazón nunca se había sentido tan optimista.

Porque mientras cada chico, cada vecino, cada desconocido colocaba un deseo sobre mí, miraban a

Samar y a sus padres y repetían lo mismo:

-QUÉDENSE.



47

En una hora, estaba todo cubierto de tarjetas que pedían “QUÉDENSE”. En el suelo debajo de mí, había todavía más deseos, apilados como flores. Los deseos se abrieron paso en los porches, en las rejas, en las aceras.

Después de doscientos dieciséis anillos, pensé que ya lo había visto todo.

Descubrí que nunca eres demasiado viejo para sorprenderte.

Pronto resultó claro que había sido Stephen el de la idea de los deseos que pedían “QUÉDENSE”. Con la ayuda de su maestro, toda la clase de Stephen había trabajado en secreto haciendo las tarjetas la mayor parte del día anterior. El rumor del proyecto que estaban llevando a cabo se propagó con mucha rapidez. En poco tiempo, toda la escuela se había unido a él.

—¿Así que esto fue idea tuya? —preguntó Samar a Stephen.

—Tuve mucha ayuda —respondió—. Es un milagro que hayamos logrado ocultártelo.

Samar echó una mirada a sus padres.

—No sé si esto cambiará algo —comentó.

Stephen echó una mirada a sus padres.

—Yo tampoco lo sé.

—Gracias igual —señaló Samar—. Por intentarlo.

Stephen comenzó a decir algo, pero, justo en ese momento, llegó la camioneta de los Eliminadores de Árboles.

Se acercaba el final de mi historia.

Bueno, había sido una hermosa historia. ¡Cuán afortunado era yo por haber presenciado un día como el de hoy!

Pero Stephen y Samar no estaban dispuestos a darse por vencidos tan fácilmente. Corrieron directamente hacia Francesca, que estaba ocupada desenredando a sus gatitos, que estaban enroscados alrededor de su pierna derecha.

—Por favor —rogó Samar—, usted puede ver cómo ama la gente a este árbol. Por favor, no lo derribe.

—Niña —dijo Francesca con voz firme—. Ya es hora.

Stephen extrajo algo del bolsillo de su chaqueta. Era un pequeño diario con cubiertas de cuero.

—Así que lo encontraste —comentó Francesca—. ¿En el cobertizo?

—Sí —respondió Stephen, dándole el diario..

—Está un poco húmedo.

Samar colocó la llave en la mano de la mujer, y la cinta quedó colgando de ella.

—Debería leerlo.

—Tal vez algún día.

—¿Qué tal si lo lee ahora? —instó Stephen.

Francesca suspiró.

—¿Saben algo, chicos? Ustedes necesitan un pasatiempo.

Introdujo la llave en el candado de plata y el diario se abrió. Las páginas estaban amarillas, la tinta, descolorida.

—Déjenme adivinar. Cuenta la historia de un árbol que habla.

—En realidad, habla de este vecindario —explicó Stephen—. De nosotros.

—¿Por favor? —pidió Samar.

—Querida, no cambiará nada —advirtió Francesca.

—Por favor —agregó Stephen.

—Ah, está bien —Francesca puso los ojos en blanco—. Hay que esperar que los tres tipos terminen de preparar todo. Claro, le echaré una ojeada. Tal vez entonces me dejarán en paz.

Arrastrando a Lewis y a Clark detrás de ella, Francesca se dirigió al porche de Samar, se sentó en el escalón más alto y comenzó a leer.





48

No es fácil derribar un árbol grande. Se requiere una cuidadosa planificación y gente que sepa lo que hace.

Yo había visto la tala de árboles cercanos: sabía cómo se llevaba a cabo.

Mientras Sandy y Max trasladaban a la gente hasta una distancia segura, los padres de Stephen observaban desde el porche de su casa, y los de Samar, desde el de la suya. Mientras tanto, los tres hombres ponían cuerdas alrededor de mi tronco y se consultaban entre ellos.

Un hombre y una mujer trajeron una enorme motosierra, seguida de la trituradora de troncos.

La trituradora se parecía un poco a un animal hambriento.

De hecho, se parecía *demasiado* a un animal hambriento.

–¿Todos los animales se fueron? –preguntó Dave a Francesca.

—No he visto ninguno —respondió ella.

Dave trepó a una escalera y examinó mis huecos lo mejor que pudo. No pareció notar la presencia de Bongo, que estaba escondida en el fondo de la casa anterior de las lechuzas.

Me quedé esperando pacientemente mi destino, mientras el mundo zumbaba a mi alrededor. Se había reunido una gran multitud, llena de antiguos vecinos y nuevos amigos, aparentemente, para despedirme.

Cerca del borde de la acera, algunos chicos hacían música.

No sé si era buena música. Pero sí era, definitivamente, estruendosa.

Me di cuenta de que era la banda de garaje que le agradaba a Bongo.

Parecía casi una fiesta. Una fiesta de despedida.

Ahí estaba él, rodeándome: mi salvaje, enmarañado y colorido jardín.

No era una forma mala de abandonar el mundo, decidí.

Nada mala.





49

Dave tenía un megáfono y, a través de él, le recordaba a la multitud que permaneciera detrás de las barreras que se habían colocado.

—Es un árbol grande, amigos —explicó—. Y cuando caiga, no queremos que nadie más caiga con él.

—Bongo —murmuré en una voz que solo ella pudiera oír—, tienes que irte a un lugar seguro. Ya lo oíste: soy un árbol grande. No es conveniente que estés en el camino cuando yo caiga.

—No iré a ningún lado —respondió en un obstinado susurro—. No te preocupes por mí. Estaré bien. Pero me quedaré contigo, Rojo. Es mi última palabra.

Dave se volvió a sus trabajadores.

—Muy bien. Manos a la obra.

—Por favor, Bongo —insistí suave pero encarecidamente.

La máquina se acercó más.

Esperé que llegara a mis oídos el penoso rugido del motor de la motosierra.

En su lugar, un sonido leve pero intenso llenó el aire, algo así como el gruñido de un cachorro mezclado con el bufido de un gatito.

Era una comadreja bebé.



Ahí estaba. Corriendo a toda velocidad entre la gran multitud, a través del césped enlodado, por delante de Dave y su equipo, alrededor de la enorme sierra, por debajo de la astilladora de troncos y, finalmente, triunfantemente, trepando por mi tronco: nada menos que Flashlight.

Subió directamente a su antiguo hueco, se instaló allí y asomó su diminuta cabeza. Jadeaba, temblaba e hipaba. Pero no parecía correr el más mínimo peligro de desmayarse.

—Te extrañé, Rojo —murmuró, en una voz tan débil que solo Bongo y yo pudimos oírla.

—¡Detengan la sierra! —gritó Dave—. Un condenado animal acaba de trepar por el tronco.

Bongo emergió de su hueco de un salto.

—¡Flash! —susurró—. ¡No puedes estar aquí! Es peligroso. Están por... tú sabes.

—*Tú* estás aquí —señaló Flash.

A través del césped, Arañas Peludas corría como un rayo mientras los demás bebés se arrastraban detrás. Fue directamente al hueco de las comadrejas, donde procedió a regañar a Flash mientras lo apretaba contra ella.

En el cielo, apareció repentinamente el pequeño Harold, batiendo las alas frenéticamente como una mariposa difusa. A continuación, aparecieron Agnes y el resto de su prole, que se instalaron en su viejo hogar como si nunca se hubieran ido.

Bongo se mudó al Home Plate para dejar lugar a las lechuzas.

Los Tús vinieron después, trotando a través del césped. La última en unirse al grupo fue la familia de los zorrinos, que se congregó al pie de mi tronco.

Siete comadrejas, cuatro mapaches, cinco lechuzas y seis zorrinos habían corrido, trepado y aleteado desde sus distintos hogares, solo para despedirse de mí.

Mis residentes. Mis amigos.

La multitud estaba encantada. La gente aplaudía, vitoreaba, reía.

Al estirarse para poder ver, Francesca soltó sin querer las correas de los gatitos, permitiendo que Lewis y Clark se escaparan.

Los felinos corrieron directamente hacia mí y escalaron el tronco para unirse a la pandilla.

No todo era perfecto. Los bebés y los padres refunfuñaban, pero tan suavemente que ninguno de los humanos podía escucharlos.

—¡Auch! —masculló Palomitas de Maíz.

—¡Tu cola está en mi boca! —gritó uno de los Tús.

—¡Hueles a zorrino! —alguien se quejó.

—¡Soy un zorrino! —llegó la respuesta.

—¿Mamá? —preguntó Harold—. ¿Debería tenerle miedo a los gatos?

—Como regla, sí —respondió Agnes—. Pero esta es una circunstancia especial.

Uno de los taladores de árboles se quitó el casco y se rascó la cabeza.

—Esto nunca sucede —le comentó a Dave—. Esos animales deberían estar comiéndose unos a otros.

—Es una locura. Parece una especie de milagro animal — señaló otro trabajador y sacó su teléfono celular—. Hay que subirlo a Facebook.

Muchas personas parecieron tener la misma idea y las cámaras comenzaron a disparar sus *clics*. Ignorando las barreras, los reporteros se lanzaron hacia adelante, los micrófonos extendidos, como si fueran a entrevistar a los animales.

Bongo, siempre en su afán protagonista, accedió feliz.

—Papita, porfa —dijo al micrófono que se agitaba debajo de ella.

Dave le hacía gestos de impotencia a Francesca.

—Señora, ¿qué es esta colección de animales? ¿Cómo haremos para derribar el árbol?

Secándose las lágrimas, Francesca se puso de pie y colocó los brazos alrededor de Stephen y de Samar. Lentamente, atravesaron el césped enlodado.

Cuando llegó a mí, sacó un señalador del diario de Maeve antes de extenderle el libro a Stephen. Era una tira de tela con rayas azules, deshilachada y descolorida.

El deseo de Maeve.

Con cuidado, lo ató a mi rama más baja, que ya estaba abarrotada de deseos. Echó una mirada larga e intensa a los animales mientras Lewis y Clark ronroneaban alegramente.

La multitud se quedó en silencio. El único sonido era el susurro de mis hojas.

Finalmente, Francesca habló.

—Miren. Yo no hago discursos. No es mi estilo —dio unas palmadas a mi tronco—. Pero esta es la cuestión. Hasta hoy, casi había olvidado lo importante que era este árbol para la historia de mi familia. Y por lo que veo —señaló a mis residentes—, también es importante para unas cuántas familias más.

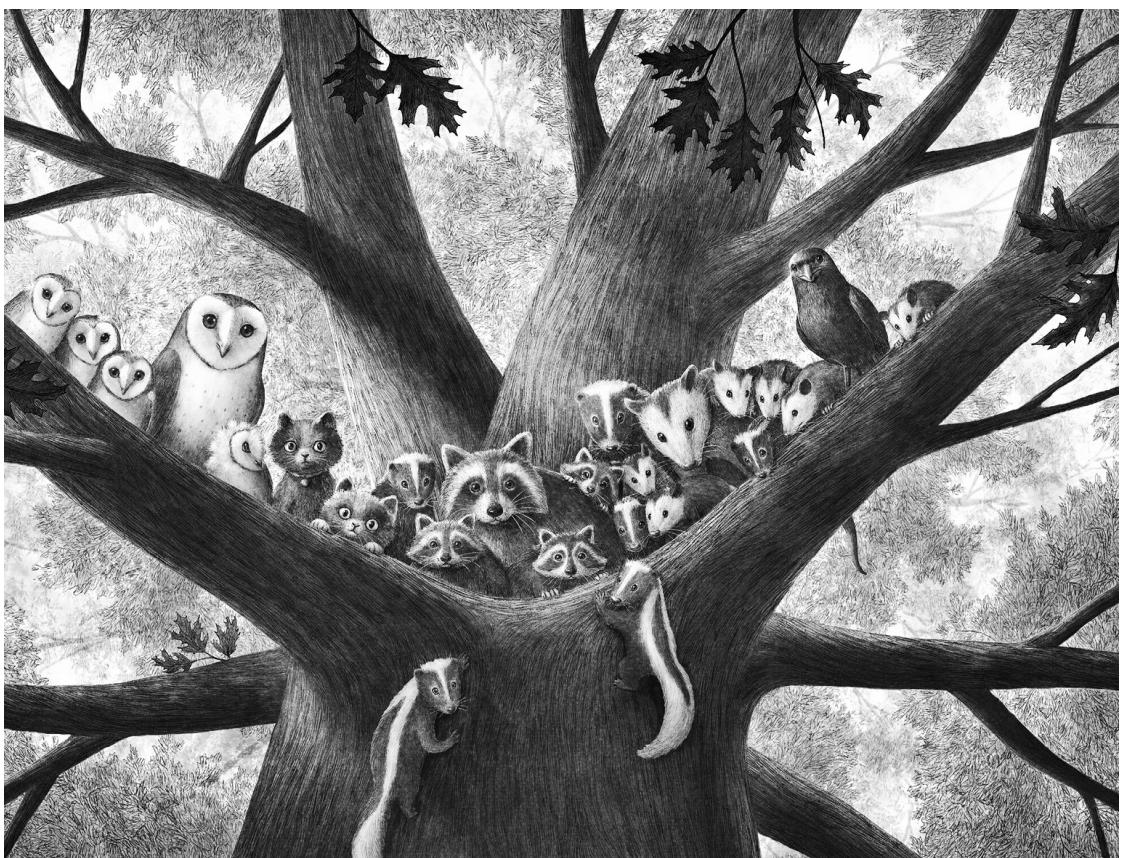
Mucha gente sonrió. Unos pocos rieron.

—Odio esta palabra —prosiguió Francesca mientras deslizaba la mano sobre mi corteza tallada—. La odio. Mi tatarabuela Maeve la habría odiado tanto como yo. En este vecindario —echó una mirada a los padres de Samar—, no hacemos esas cosas. Aquí no amenazamos a la gente; le damos la bienvenida.

Francesca se extendió y tomó la mano de Samar.

—Este árbol se queda aquí. Y espero que tu familia también.







50

Esa noche, varias horas después de que la multitud se había dispersado, Samar se deslizó por la puerta de la casita azul. Stephen, que había estado observando desde la ventana de su dormitorio, se unió a ella unos segundos después. Se sentaron en silencio debajo de mis ramas cargadas de deseos.

La suave brisa hacía ondear las tarjetas como si fueran polillas gigantes. La luz de la luna parecía estar en todos lados: en los deseos, en mis ramas, en las cabezas aterciopeladas de las lechuzas, en las miradas volteadas hacia arriba de Stephen y Samar. Qué hermosos que éramos todos bañados por la luz tenue y plateada.

—¿Crees que tu familia se quedará? —preguntó Stephen—.
¿Después de todo lo que pasó?

—No lo sé —contestó Samar—. Espero que sí.

La brisa sopló con más fuerza. Las tarjetas castañetearon, los lazos danzaron. Una hoja de papel de

cuaderno, atada suavemente con hilo rojo a mi rama más baja, se liberó.

Samar la atrapó mientras caía velozmente hacia el suelo. Entornó los ojos ante los garabatos de la escritura. Luego se levantó y ató cuidadosamente el papel a mi rama.

–¿Qué pedía? –preguntó Stephen.

–Un robot invisible que le hiciera la tarea escolar.

–Es improbable.

–Es verdad –Samar se apoyó contra mi tronco y sonrió–. Pero también lo es que un árbol hable.



51

Si este fuera un cuento de hadas, les diría que hubo algo mágico en ese Día de los Deseos. Que el mundo cambió y todos fuimos felices y comimos perdices.

Pero esto es la vida real.

Y la vida real, como un buen jardín, es caótica.

Algunas cosas cambiaron. Otras no. Aun así, optimista como soy, tengo esperanza con respecto al futuro.

Los padres de Samar decidieron no mudarse, al menos por un tiempo.

Stephen y Samar se convirtieron en buenos amigos. A veces, hacen la tarea al lado de mi tronco.

Sus padres todavía no se hablan.

No sé si alguna vez lo harán.

La policía nunca encontró al muchacho que escribió “FUERA” en mi tronco. Pero hace unas dos semanas, lo vi paseando por aquí y se lo señalé a Bongo.

Solo digamos que, ese día, ella hizo una importante deposición.

Todos mis residentes están otra vez en el lugar al cual pertenecen, seguros en sus huecos.

Todavía discuten de vez en cuando. Pero aún no se han comido unos a otros.

Francesca envió una solicitud a la ciudad para que me nombraran “árbol histórico”. Eso significa que estoy protegido para siempre.

También está intimando con un plomero del lugar, que está aprendiendo a controlar a mis raíces avasalladoras.

Lewis y Clark todavía no han descubierto la forma de pasear con correa.

Bongo se ha hecho un nuevo amigo. Se llama Harley Davidson. Sospecho que tendremos cuervitos en un futuro cercano.

En cuanto a mí, le prometí a Bongo que nunca más volvería a entrometerme en la vida de los demás. Le aseguré que mis días de fisgón ya quedaron atrás.

Y, sin embargo, aquí estamos. Ustedes y yo.

¿Qué puedo decir? Soy más charlatán que la mayoría de los árboles.

Aun así, si se encontraran cerca de un árbol de aspecto particularmente amistoso en un día en que se sientan particularmente afortunados, no pierden nada con prestar atención.

Los árboles no saben contar chistes.

Pero desde luego que sabemos contar historias.





Agradecimientos

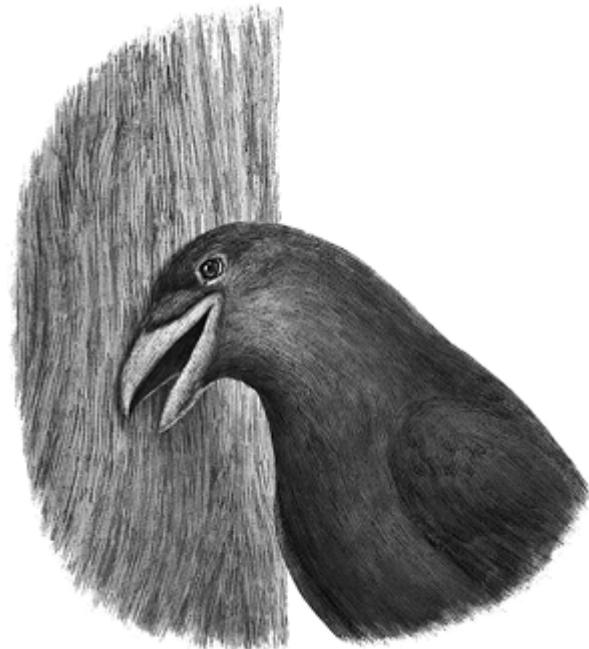
Mi eterna gratitud a las extraordinarias personas que colaboraron para que *Wishtree* echara raíces:

- Al increíble Jon Yaged, presidente de Macmillan Children's Book Group y a Jean Feiwel, excepcional editora de Feiwel & Friends, por la bienvenida a su jardín;
- Al brillante equipo de Rich Deas, director creativo senior; y a Charles Santoso, ilustrador por excelencia, por retratar hermosamente el mundo de Rojo;
- A Starr Baer, talentosa y maravillosa editora de producción, por su cariño y preocupación, y a Gleni Bartels, mi sabia editora, por saber cuándo podar;
- A las fabulosas Alison Verost y Mary Van Akin, MCPG Marketing and Publicity, por su incontenible entusiasmo en hacer florecer los libros una estación tras otra;
- A la Dra. Lisa Leach, querida y brillante amiga, y la experta a quien recurrir para todo lo relacionado con la botánica;
- A Elena Mechlin, mi incomparable agente de Pippin Properties, por su incansable apoyo en todo tipo de climas.
- Pero, por sobre todo, *Wishtree* no se habría materializado sin Liz Szabla, los dedos editoriales más

verdes del mundo, que proveyó apoyo infinito y sabiduría ilimitada para hacer florecer esta historia. En el jardín salvaje, enmarañado y colorido que es el mundo editorial, eres, sin lugar a dudas, un tesoro.

Finalmente, habiendo agotado todas mis metáforas de jardinería, todo mi amor y agradecimiento a mi maravillosa familia, especialmente a mis hijos Jake y Julia, y a Michael, mi marido.

Son todo lo que siempre deseé. Y mucho más.







Sobre la autora

Katherine Applegate es autora best seller de The New York Times.

Ha escrito las novelas Crenshaw, Home of the Brave y El único e incomparable Iván.

Con su esposo, Michael Grant, co-escribió Animorphs, una serie de larga duración que ha vendido más de 35 millones de libros en todo el mundo. También escribieron otras dos series, Remnants y Everworld, y una novela para jóvenes, Eve and Adam.

Los libros de Katherine han sido traducidos a docenas de idiomas.

Katherine vive con su esposo y sus dos hijos en California.



- **Título original:** *Wishtree*
- **Dirección editorial:** Marcela Luza
- **Edición:** Leonel Teti con Nancy Boufflet
- **Coordinación de diseño:** Marianela Acuña
- **Armado:** Leda Rensin
- **Diseño:** Liz Dresner
- **Armado del ebook:** María Victoria Costas

WISHTREE por Katherine Applegate

© 2017 por Katherine Applegate

Ilustraciones: © 2017 Charles Santoso

© 2017 V&R Editoras

www.vreditoras.com

Publicado originalmente por Feiwel and Friends, un sello de Macmillan.

Publicado en virtud de un acuerdo con Pippin Properties Inc. a través de Rights People, Londres.

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA:

San Martín 969 piso 10
(C1004AAS) Buenos Aires
Tel./Fax: (54-11) 5352-9444
y rotativas
e-mail:
editorial@vreditoras.com

MÉXICO:

Dakota 274, Colonia Nápoles CP 03810, Del.
Benito Juárez, Ciudad de México
Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621
01800-543-4995
e-mail: editoras@vergarariba.com.mx

ISBN: 978-987-747-398-8

Junio de 2018

Applegate, Katherine A.

El árbol de los deseos / Katherine A. Applegate ; ilustrado por Charles Santoso. -
1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Silvina Poch.

ISBN 978-987-747-398-8

1. Literatura Infantil y Juvenil Estadounidense. I. Santoso, Charles, ilus. II. Poch,

Silvina , trad. III. Título.

CDD 813

¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Nos puedes escribir a vrya@vreditoras.com
con el título de esta novela en el asunto.

Encuéntranos en

 facebook.com/vreditorasya

 twitter.com/vreditorasya

 instagram.com/vreditorasya

COMPARTE
tu experiencia con
este libro con el hashtag
#elárboldelosdeseos





Decir lo que sentimos
puede cambiar el rumbo
de nuestras vidas.

"En esta emotiva novela se muestra cómo la resiliencia creativa de la mente de un niño puede suavizar situaciones difíciles, mientras se exploran los límites entre la imaginación y la realidad".

-Publishers Weekly

FANTASY...

